

D

DEODORO

gaceta de crítica y cultura

Edición especial: ficciones



Revista de la Universidad Nacional de Córdoba | Argentina | Enero de 2013 | año 4 | N° 27 | \$ 7.- | ISSN: 1853-2349



Universidad Nacional de Córdoba



1613 - 2013
400
AÑOS



Universidad
Nacional
de Córdoba

Universidad Nacional de Córdoba

Rectora: Dra. Carolina Scotto
Vicerrectora: Dra. Hebe Goldenhersch
Secretario General: Mgtr. Jhon Boretto
Director Editorial UNC: Carlos Longhini
Secretaria de Extensión: Mgtr. María Inés Peralta
Subsecretaria de Cultura: Mgtr. Mirta Bonnin
Prosecretaria de Comunicación Institucional: Lic. María José Quiroga

Director: Franco Rizzi

Secretario de redacción: Mariano Barbieri

Consejo Editorial:

Natalia Arriola, María Cargnelutti, Andrés Cocca, Liliana Córdoba, Agustín Massanet, Gonzalo Puig, Juan Cruz Taborda Varela, Guillermo Vazquez.

Corrección: Raúl Allende

Administración: Matías Lapezzata

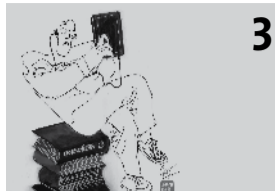
Diseño: Lorena Díaz

Revista mensual editada por la Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba
ISSN: 1853-2349
Editorial de la UNC. Pabellón Argentina
Haya de la Torre s/n, Ciudad Universitaria.
(351) 4629526 | Córdoba | CP X5000GYA
deodoro@editorial.unc.edu.ar
info@editorial.unc.edu.ar

DEODORO, GACETA DE CRÍTICA Y CULTURA no se hace responsable de las opiniones y artículos aquí publicados. Los textos son responsabilidad de quien los firma.

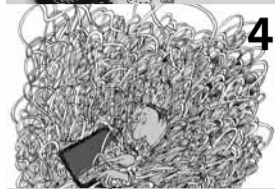
Impreso en Comercio y Justicia Editores

Tapa: CRIST, Cambio climático.



3

Verdades fuera de control
Mariano Barbieri



4

Tres relatos políticos de soledad
Diego Tatián



6

Arte de curar
Susana Romano Sued



8

Hay que meter la chuza
Kike Bogni



10

Campus (Fragmento)
Silvio Mattoni



12

Temporada de tiburones
Martín Cristal



14

No lo soñé
Carlos Presman



15

Le mots qui saignent, La Gaceta
Elisa Gagliano



16

Ojos que ven, corazón que siente
Sol Pereyra



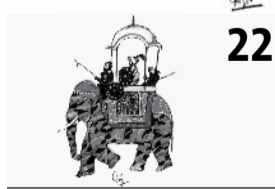
18

Kilómetro siete
Natalia Ferreyra



20

Reius
Mariano Cognini



22

Ofidios
César Barraco



Las obras en este número pertenecen a **Crist** (Cristóbal Reinoso; Santa Fe, 1946). Formaron parte de la exposición *Statu quo. Estado del momento actual*. Pabellón Argentina, Ciudad Universitaria. Córdoba, octubre - noviembre 2012.



VERDADES FUERA DE CONTROL

Mariano Barbieri

La mañana siguiente a la muerte de su pareja, Silvia amaneció cantando una canción que nunca antes en su vida había escuchado. Le pareció hermosa. Le salían las palabras de la boca, como a esas muñecas a las que le aprietan un botón. Hoy la canta cada vez que lo recuerda, casi nunca con dolor. Ella no sabe quién la compuso, no sabe quién la escribió ni nadie que la haya escuchado pudo jamás reconocerla.

El negro Willy no conmueve porque es ciego. Nadie es conmovedor por lo que le falta, sino por lo que hace con lo poco o mucho que tiene. Esa es una de las diferencias –para los que no la conocen– entre caridad y dignidad. Willy es cantante y para no molestar a los vecinos, ensaya en el medio del campo, entre los yuyos. Sólo su amiga la gorda Tiburcia lo sabe, además de una vaca que se le para al lado cada vez que él se mete en el monte. Entonces Willy pone los brazos extendidos y cuando la encuentra, le canta su canción. La que más le gusta a la vaca es de Leonardo Favio: ella ya me olvidó.

Algunas historias merecen ser verdad.

Y si estos días de enero vamos a transpirar bajo un sol de lava, preferimos contar historias extraordinarias, porque entre el mundo y las personas sólo hay literatura. Vamos a ponernos a narrar para instalar algo nuevo donde antes no había nada, para crear realidades aparentemente desconocidas, o lo que son: verdades fuera de control. Kike Bogni, uno de los autores de estos relatos, lo explicó una vez sin usar palabras esdrújulas: un artista es alguien que deja algo, donde antes no existía nada. Esta revista, en enero y en todos los demás meses del año, es una revista de artistas.

Como aves de rapiña de las verdades de laboratorio, seremos más de una vez, su materia prima. En el mes más caluroso del año, les pedimos ser testigos de cosas que nunca se van a comprobar, cómplices activos de palabras y de hechos indemostrables, de datos y de juramentos inverosímiles.

Tu palabra contra la mía ■

TRES RELATOS POLÍTICOS DE SOLEDAD*

Diego Tatián

Sancta simplicitas

El último verano había cumplido ochenta años sin haber perdido autonomía ni lucidez ni fuerza para ocuparse de los quehaceres que requiere el orden y la limpieza de la casa, aunque ya camina con dificultad. Al levantarse prepara lentamente su té y recuerda, complacida, las cosas que le sucedieron en la vida. Nunca había dudado de que el secreto de una longevidad tan bien llevada era el trabajo, que comenzó siendo muy niña cuando ayudaba a su madre con la cocina y otras tareas domésticas. No sentía miedo de vivir sola. En esa misma casa habían nacido sus hijos, que ahora están lejos y son ya casi ancianos también ellos, aunque no puede dejar de tratarlos como si aún fueran niños. Siempre había valorado más que ninguna otra cosa la honestidad, la vocación para ayudar a los necesitados y la discreción como las mayores virtudes de un ser humano, sobre todo de una mujer, y hoy, ya en el crepúsculo de la vida, tenía la conciencia tranquila de ser una buena persona y haber cumplido siempre con su deber. Tenía el alma en paz. Tal vez era por eso que todos la querían en el barrio, los vecinos se paraban a charlar con ella y las mujeres le traían comida cuando cocinaban para sus familias. Nunca había tenido problemas con nadie. Ni siquiera con esos jóvenes que vivieron en la casa de al lado, antes de que ella reportara a la policía sus extrañas costumbres. De eso ahora hace muchos años. Lo había hecho para el bien del barrio y de la sencilla

gente de trabajo que vive en él. Eran raros. Todas las noches hacían reuniones con amigos, eran comunes las fiestas en los días de semana y la música sonaba hasta muy tarde. Aunque siempre habían sido muy amables con ella, nunca conversaban por demasiado tiempo y nadie sabía en qué trabajaban. Desde la ventana sólo se veían libros que atestaban las paredes, y tenían la vereda bastante descuidada. Ella no hizo otra cosa que decir la verdad –gracias a su gesto se había ganado la confianza del comisario, un hombre recto que lamentablemente ya murió hace algún tiempo. Sin duda había tenido razón, se decía una y otra vez. La prueba es que al poco tiempo vinieron a llevárselos. Esa noche se despertó por los gritos y lo vio todo desde la ventana. Muchos autos ocupaban la cuadra; al parecer eran peligrosos. Los sacaron a empujones, encapuchados. Del niño –recuerda nítido el llanto– hasta hoy no ha sabido más nada, aunque siempre le preguntaba por él al comisario. Gente rara, sin duda. Desde entonces y durante todos estos años la casa está vacía, pero ella, doña Ángela, aunque ya anda lento y el trabajo le cuesta más que antes, a veces le barre la vereda y en otoño, al quemar las hojas de sus árboles, recoge las ramitas caídas de la casa de al lado y las arroja al fuego, para que no parezca tan abandonada.



Sábanas

Cuando sonó la puerta, la anciana estaba lavando sábanas al aire libre. Interrumpió la tarea con tranquilidad, como si hubiera estado esperando que alguien llegara. Un hombre joven parado enfrente preguntó si era la

casa que estaba en venta. Pase, dijo la mujer con calidez, ¿puedo servirle un té? El muchacho respondió que no; preguntó si la construcción era muy antigua como parecía, y si tenía deterioros graves. Es muy antigua, en efecto –fue la respuesta–, tanto que no sabría decirle cuándo fue edificada. Si no le importa, dijo la señora de pronto, ¿me ayudaría a tender unas sábanas que acabo de lavar? Salieron a un patio de tierra y casi sin árboles. Al fondo, el tendadero estaba ya cubierto con sábanas; la mujer indicó otro lugar al costado de la casa. Mientras las colgaban, comentó que a medida que los años pasan le costaba más la tarea de tender; a veces no lograba hacerlo, la sábana caía al piso y debía ser lavada nuevamente. Venga, acépteme un té –insistió cuando terminaron el trabajo–, estaba por prepararlo cuando usted llegó. ¿Para qué lava tantas sábanas si vive sola? –preguntó el hombre. Aunque usted no lo crea, el tiempo, el solo paso del tiempo acaba por ensuciar las cosas, en particular las sábanas; es necesario lavarlas una y otra vez, tenerlas siempre limpias, en cualquier momento puede ser necesario usarlas, nunca se sabe.

La vajilla para el té estaba en la alacena, fuera del alcance de la anciana, por lo que pidió ayuda otra vez. Voy a mostrarle un libro, dijo, sin más interés que el de ser el único objeto que se salvó cuando un bombardeo destruyó la casa familiar y todo lo que había en ella. Yo había llevado el libro conmigo al refugio subterráneo casi por instinto, por simple impulso de tomar una cosa cualquiera antes de abandonar la casa. Pero eso fue hace muchos años, yo era una niña, aunque recuerdo el sonido de la sirena como si no hubiera pasado el tiempo. Mire, es un libro de ciencia. Mi familia era muy culta, mi padre poseía una gran biblioteca.

*Textos tomados del libro *Fragil memoria de muertos*, Alción, Córdoba, 2010.



LIBROS Y REVISTAS UNIVERSITARIOS
PUBLICACIONES DE LA EDITORIAL DE LA UNC

Consulte nuestro catálogo completo en
www.unc.edu.ar/institucional/perfil/editorial

Frente al Pabellón Argentina. Ciudad Universitaria

libreria1918@gmail.com | facebook libreria 1918

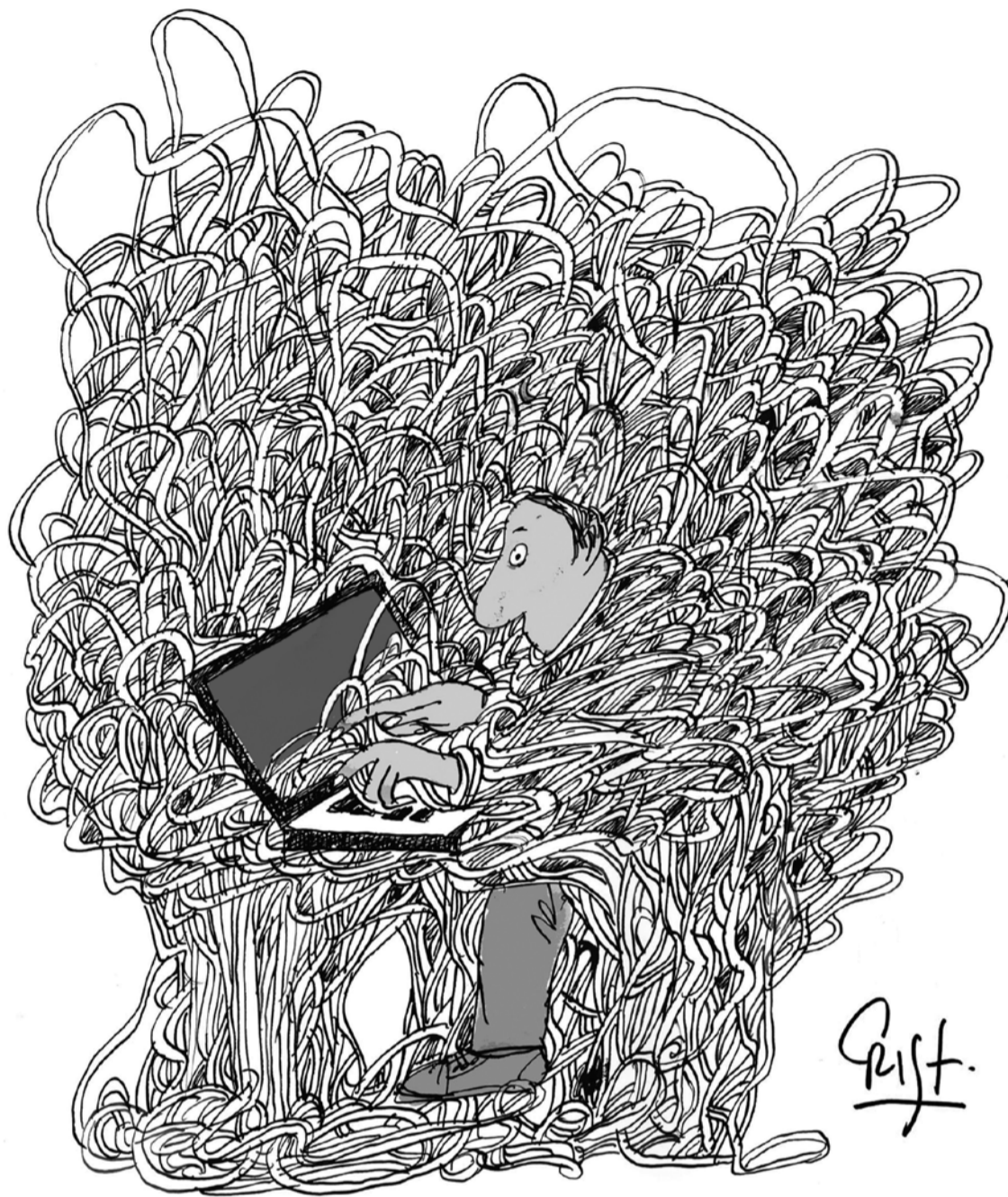


EDITORIAL

Universidad
Nacional
de Córdoba



1613 - 2013
400
AÑOS



Crist. Cables Wikileaks.

Luego de terminar el té, algo abruptamente, el hombre preguntó si era posible terminar de ver la casa. Claro, dijo ella, venga, esta es la habitación que era de mi hija, mi única hija. Fue asesinada en el setenta y siete, después de haber sido salvajemente torturada según pudimos saber. ¿Podría usted bajar, por favor, esta valija de la parte alta del armario? Yo ya no puedo hacerlo, es demasiado pesada para mis fuerzas. Mire –dijo la mujer mientras la abría–, aquí guardo cartas, fotografías y otros objetos que le pertenecieron a ella. También la libreta de calificaciones de su época escolar; era una excelente alumna, ¿sabe? Yo siempre conservaba sus libretas, ahora están todas aquí, si quiere verlo usted mismo. Recuerdo la noche de verano en la que Valeria –ese era su nombre– descubrió la Luna. Aún no caminaba. La veía con la carita maravillada y la manito alzada para tocarla. La abría y la cerraba como si quisiera atraparla, sin darse por vencida por no poder hacerlo. He recordado tantas veces esa noche que en verdad ya no sé si existió o la inventé. Venga que le muestro el baño. Aquí nos encerraron a mi marido y a mí –él murió poco tiempo después, tras haber quedado mudo de golpe; por un extraño mal nunca más dijo palabra– cuando vinieron a buscar a Valeria. Mientras sentía los gritos y los destrozos por toda la casa, recorrí el techo del baño con la mirada, advertí que estaba lleno de telas de araña y me prometí a mí misma que lo limpiaría ni bien pudiera. Ahora, como puede usted ver, casi no hay. Pero aunque se limpien de telas de araña los rincones y los techos, ellas vuelven una y otra vez. Es increíble la persistencia de las arañas, nunca se dan por derrotadas. Yo no sé si

son las mismas que reconstruyen sus telas destruidas con increíble paciencia, o son otras que lo hacen por primera vez. Mire allí hay una. ¿Sería tan amable de quitarla con esta escoba? Es demasiado alto para mí.

¿Viene mucha gente a ver la casa? –preguntó el hombre con cierta pena. Mucha, respondió la extraña propietaria, todos los días viene alguien, desde hace años, desde que tuve la idea de poner el cartel. Casi nunca estoy sola; la gente me ayuda con algunas tareas domésticas que yo ya no puedo hacer, como usted ahora. No sé cómo podría vivir sin enseñar la habitación de Valeria a las personas y sin mencionar su nombre. ¿Gusta otra taza de té? No, gracias, dijo el joven, debo irme ahora. En la puerta se dieron la mano.

Cansada, la anciana se recostó a reposar; el muchacho sintió ganas de caminar un rato.



La terquedad de la historia

El viejo escritor había inventado siempre personajes silenciosos de los que era imposible saber qué pensaban. Sólo hacían cosas, o les sucedían cosas. Esta vez, se dijo, no habría historia, sólo alguien que imagina y piensa. De manera que, comenzó a escribir el viejo escritor, había una vez un hombre con sombrero sentado en una mecedora, fumando su pipa en medio de la noche, absorto en sus pensamientos. ¿Qué estaría pensando el hombre de la mecedora? Al cabo de unos minutos de concentración, pudo saberlo. Pensaba en amigos que

habían muerto; en la lucha política que inútil consumió su breve juventud; en una mesa que había en su casa de infancia. Pensaba en las cosas en las que piensa un hombre mayor, en mitad de la noche, cuando el paso del tiempo se ha llevado ya casi toda su vida.

Pero he aquí que de pronto, la tranquilidad se estremeció con un ruido de automóvil que llegaba a toda velocidad y un golpe en la puerta sobresaltó al hombre que piensa; es decir, de nuevo una historia: *había una vez un hombre solo en una casa; de repente llegó un auto y golpearon la puerta...* Otra vez, la amenaza de una historia, algo que sucedería para no permitir, para no permitirle al escritor, saber cuáles eran los pensamientos del hombre que fumaba sentado en la mecedora. El escritor se detuvo ahí, justo a tiempo, en los tres puntitos que siguieron al golpe en la puerta. En vez de tachar las últimas líneas e impedir la irrupción de la historia, procuró saber qué pensaba el hombre de sombrero, en el preciso instante en el que sonó la puerta; supo así que pensaba en una mujer.

Esa mujer, en la que pensaba el hombre de sombrero al momento de levantarse a abrir, había sido torturada durante largos meses en una pequeña celda de confinamiento, debido a su militancia. El escritor decidió entonces que ahora buscaría saber qué pensaba esa mujer mientras reposaba de sus tareas a la sombra que había en el jardín de su casa, y que abandonaría a su suerte al hombre de sombrero, ahora a merced de la historia que acababa de desencadenarse y que, de seguir allí, sería ya imposible detener. Lo que pensaba la mujer en la que el hombre de la mecedora pensaba, salvaría al viejo escritor de la historia, de otra historia.

Bajo el árbol sin pájaros donde se hallaba, después de muchos años, la mujer lograba al fin pensar sin odio en el hombre que la había delatado. Era la primera vez que no sintió por él el odio que la envolvía al principio, cuando la liberaron y se supo todo. Las marcas del dolor habían quedado en el cuerpo, pero no sentir ya el odio animal que había movido cada uno de sus actos y de sus ideas después de la tortura, era una victoria sobre sí misma, e incluso sobre la tortura y los torturadores y sobre el mismo delator al que amó alguna vez. A la sombra sintió paz, una desconocida paz.

Desde el interior de la casa apareció un hombre que hasta ese momento dormía; primero se apoyó en el marco de la puerta a observar la mujer que estaba pensando en la sombra; luego comenzó a caminar hacia ella para acariciarla, o para iniciar una conversación, o para proponerle un viaje. Otra vez el comienzo de una historia. Nuevamente, el escritor se detuvo justo a tiempo, antes de que el hombre que había dormido llegara hasta la mujer y, para evitar lo que sucedería si llegaba junto a ella, se propuso saber qué pensaba en ese momento el delator en el que, ya sin odio, estaba pensando la mujer. Se trataba de un hombre con ideas tristes; arrasado, se diría, por la injusticia, el aislamiento y el estigma. Pensaba que había sido un cobarde pero de ningún modo un delator. Más aún, sabía bien quién había sido el delator, pero nunca pudo probarlo y nadie le creyó. Lo cierto es que su vida se había vuelto solitaria y cada vez más insoportable; a pesar del tiempo transcurrido, no podía dejar de pensar siquiera un momento en los oscuros episodios que la habían malogrado. Ya nada podía hacer para probar su inocencia. Por lo menos, se dijo, según pudo saber el escritor, podía dejar de ser un cobarde. Eso sí estaba aún en sus manos. Este pensamiento le proporcionó una felicidad súbita; recordó sin angustia como hacía años no lograba hacerlo y sintió una especie de alivio. Cerró los ojos un instante –pero el escritor no logró saber qué pensó en ese momento, si es que algo pensó.

Se levantó despacio, cargó el arma, salió a la noche. Respiró hondo antes de subir al auto; arrancó a toda velocidad. Y el viejo escritor ya no fue capaz de detener la historia ■

ARTE DE CURAR

Susana Romano Sued

La casa, si es que esta precaria vivienda se puede llamar casa, no tiene vereda; es algo a medio construir o a medio derruir: al lado de la entrada hay pilas de ladrillos, bolsas de porlan y un montón de materiales de construcción, tapados parcialmente con arpilleras. Es que la sanadora trabaja sin cobrar: no pide ni recibe plata, pero la gente le dona materiales, mano de obra, cosas así, como para que se vaya haciendo la casa de a poco. La gente, casi toda, está bien vestida, lo que desentona con el resto del barrio por un lado, y por el otro con el olor de la pieza, que tiene las paredes estampadas con manchones de humedad descascarados.

Incluso hay médicos que se llegan por acá, cuando los mapas claros que traza el vitiligo sobre la piel de la esposa, o las verrugas que se arraciman alrededor de los dedos del hijo, los empujan al desaliento y a la decepción de la ciencia médica.

Eso me tranquiliza, a mí, que soy psicóloga. Vengo a lo de la doña María para que me ayude a salvar mi matrimonio.

Según la bibliografía especializada que se basa en tantos casos empíricos, sé que va a ser difícil. Sobre todo si uno no tiene aunque sea un poquito de fe.

La pieza no tiene puertas; sólo el hueco que se abre hacia el lugar de las respuestas, donde está ella, la salvadora de todos los males. Una cortina de cretona floreada separa la sala de espera del cuarto de doña María, de donde cada tanto salen voces, vagos aullidos, una especie de coro. Un cortinado de chapitas de coca divide la sala de espera con la vereda. La gente cuchichea, los mejor vestidos leen el diario o algún libro. Yo miro de reojo a uno y otro lado, mientras mi ansiedad va en aumento.

La sala de espera está iluminada con un par de bombillas de 25 watts, de modo que aunque es plena siesta, parece el atardecer, casi la noche; en las paredes desconchadas hay un montón de adornos y objetos: láminas y pequeños cuadros, bordeados de yuyos y acompañados de velas encendidas flameando sobre las mejillas rosadas de un Cristo de ojos celestes, cabellos largos y rubios como los de las tres gracias de Botticelli, y que contrasta con el pelo lustroso y renegrado de Ceferino Namuncurá, colgando a su lado. En la pared de enfrente, la difunta Correa con su teta opípara, tan enorme que parece que se va a salir del cuadro apenas termine de amamantar al bebé del desierto; a su lado un Sagrado Corazón

de estridente satén rojo en relieve; en un rincón resalta un minúsculo altar lleno de trapos rojos consagrado al Gauchito Gil. Todo eso me incomoda un poco: aunque no soy practicante, soy judía, y los judíos no tenemos ídolos, ni íconos, ni imagen alguna como no sean las letras del alfabeto hebreo que se estampan en los relieves del estuche de la Torá y en algunas puertas de sinagogas. O la mezuzá, o la jamsa, contra la mala suerte.

Una mujer enana, briosa y de andar firme, tan firme que cada uno de sus pasos resuena en la pieza como un golpe de tambor, va y viene de un cuarto a otro, cebando mates. Esos bríos son el protector de los débiles contra el mundo hostil. La enana se ha de haber ido templando en la larga vida de humillaciones, sacando autoridad y determinación de las adversidades. Tener el poder de entrar y salir cuándo y cómo quiere de la pieza de doña María, decir que sí o que no a los visitantes, ayudar en las operaciones de salvación, eso sí que es reconfortante, al punto de que saca pecho y la cara se le llena de una luz especial.

Mientras espero con una sensación de pertenecer a otro lugar, entra a la casa un muchacho que me captura la mirada por algo discordante en su figura. Tardo unos minutos en darme cuenta de lo que me atrae: es su cabeza; mejor dicho, su frente, combada, enorme, que se separa largamente de los bordes de sus ojos, y remata, veinte centímetros más arriba, en el comienzo de su cabellera de pelos oscuros y ralos. Si no fuera por ese detalle, por esa anchura y largura de la frente que es como si se escapara del resto de la cabeza, todo lo demás pasaría desapercibido, y hasta parecería armónico. Un cuchicheo se suscita una vez que el muchacho, que viste un guardapolvo blanco con los botones sin abrochar, atraviesa el hueco con la cortina de cretona hacia el lugar de las curas. Dos mujeres murmuran al lado mío; alcanzo a oír que es el hijo adoptivo de doña María; estudia medicina, dicen las mujeres.

El muchacho aporta desde la medicina a los conocimientos de la sanadora, que lo ha adoptado porque es muy bondadosa, ayuda a todo el que se le ponga por delante; cuando trabajaba de personal de servicio del hospital municipal, una mujer que se atendía por la septicemia de su parto clandestino, lo dejó abandonado en el baño de la planta alta. Doña María había escuchado un sollozo tímido, aunque persistente, mientras trapeaba con creolina y espadol los sanitarios. Cuando indagó

para saber de dónde venía el llanto, vio al chico. Mejor dicho vio una frente grandísima y abultada, con un cuerpo debajo que se agitaba y gemía. Se lo llevó a su casa y lo crió. Parece que de estar cerca del chico, le llegó a salir leche de las tetas, y le dio de mamar hasta crecido. Él es muy agradecido y cumplidor, por eso se esmera en sus estudios.

El calor que hace aquí me mata; pero me aguanto, y trato de vencer la desconfianza; hago cualquier cosa con tal de que él vuelva. Y dicen que ella es tan eficaz; dicen que le sacó la culebrilla a la nena del pediatra, y que le borró el vitiligo de la cara a la señora del cirujano. Y que hasta reunió a unas cuantas parejas con varios años de separación. Por eso siempre está lleno de gente, que aguanta y no se va.

Espero y espero toda una tarde interminable, mientras la enana ha ido y vuelto un sinnúmero de veces, llevando mate y acompañando por turno a los visitantes. Entonces, oigo mi nombre.

¡Ahora me toca a mí! La enana me da una palmadita en la nalga mientras me conduce hacia la sanadora a través de la tela floreada.

Cuando entro, la veo en la cama, enfundada en un camisón grisáceo, con los pechos grandes como budines de pan derramados por las sábanas. Tiene el pelo larguísimo y casi completamente blanco. En la pieza hay poca luz y las paredes están repletas de estampitas, figuras, cuadros enmarcados con yuyos y rodeados de velas encendidas.

Doña María me hace sentar en un banquito al lado de su cama, donde las bocanadas del humo hediondo que largan las velas se hacen más envolventes.

La enana vuelve con el mate y se lo pone en la mano a doña María, que chupa con fruición de la bombilla; y en el momento justo en que estoy por empezar a hablar me echa un eructo en la cara. Luego otro.

–Hay que tener fe –dice. Y eructa. Una y otra vez.

La enana va y vuelve, va y vuelve, cebando, y doña María lanza una seguidilla interminable de eructos. Deduzco que el eructo debe de tener algo que ver en el procedimiento de la cura.



Crist. Detrás de todo gran hombre hay una mujer.

–Hay que tener fe –repite– una fe que mueva montañas, mirá que el daño que te han hecho es descomunal.

En eso entra al cuarto el muchacho frentudo, con el guardapolvo puesto; da un brinco y se mete en la cama con doña María; luego hunde una mano por debajo del escote, sobándole un pecho. Doña María deja de eructar y por una de las comisuras empieza a despedir una baba verdosa.

–Ay, este es mijito –me dice– ¡ves qué tesorito que es! Yo lo crié desde que era así, –dice midiendo con la mano paralela a la cama, y luego se toca el busto: –lo alimenté con estos mismísimos pechos; ¡y él es tan cariñoso, y tan agradecido!

A continuación sigue una tanda de eructos.

–¡Te dije que el daño es descomunal! Incluso a mí, que he visto cosas de no creer, me asombra y hasta me aterra; vas a tener que hacer muchas cosas para sacarte el daño, y sobre todo vas a tener que mostrar mucha fe.

–Lo que yo quiero es que mi marido vuelva –le digo. Pero antes quiero que se le quede el pene como muerto, para que la otra lo deje –le digo. Y le aseguro Doña María, que estoy dispuesta a cualquier cosa para lograr que él vuelva.

El hijo levanta su mano colocándose a Doña María a la altura del comienzo de los pechos; con movimientos suaves, pero firmes. Mientras ella, eructando, le menea la mano en el escote, dándole una especie de masaje en el que ambos comparten el arrobó. Yo siento una cierta repugnancia acompañada de un temblor.

Pero enseguida me va atrapando la escena, fascinada, no puedo apartar la mirada y permanezco clavada allí, como si estuviera embriagada. Una alegría rara me invade, y estoy segura de que él va a volver.

–Traéme la lapicera y la libretita –dice doña María a la enana que ha entrado con el mate y se ha quedado en el rincón mirando, como yo, la mano sobre los pechos y el meneo.

–Como lo tuyo es un daño muy grande, el trabajo va a ser muy costoso y esforzado; voy a tener que maniobrar mucho, hacer muchos pases –me explica. Decíme el nombre tuyo y el de ellos dos.

Le digo los tres nombres y doña María los anota, dibujando círculos alrededor de las primeras letras, y junto a ellas cruces y signos menos.

La mujer enana le pasa un mate, y el hijo lo atrapa en el aire y se lo toma. Ha sacado la mano del escote de su madre, dejando la teta afuera. La teta es redonda, como una torta, y tiene el pezón color gris, un poco más oscuro que el camión.

La teta de doña María me provoca un estremecimiento mientras mis ojos están clavados en el pezón gris. La enana me roza con el índice el nacimiento de cuello, y a mí me corre un escalofrío por la columna vertebral.

Doña María me dice:

–¡Hay que tener fe, mucha fe! Vení, para acá, ponéte bien cerca, que vamos a empezar el trabajo.

Me voy acercando mientras siento miles de agujijones clavados en el pecho. El hijo devuelve el mate a la enana, que se queda mirándome fijamente.

–Metéte al medio de los dos, aquí, bien acostadita, –me dice doña María.

Me trepo a la cama desde el costado y dando un tranco por encima del hijo, me acuesto boca arriba, en el reducido lugar que queda entre ellos dos.

–Tomá la mano a mi hijo con la izquierda; con la derecha me agarrás esta teta y sobás diciendo, “Madre María sacáme esta porquería, que mi marido y su amante se queden sin semblante”.

Hago lo que me dice mientras se me va secando la boca y un calor intenso me envuelve. Doña María me aprieta la mano mientras el hijo da pequeños aullidos y se estremece y se sacude. La teta de doña María la siento como una bolsa de arena. El hijo se queda quieto y callado y la enana le toca el cierre del vaquero y lo restriega con su mano varias veces mientras dice unas frases que no alcanzo a comprender. Doña María toma la lapicera y me hace una cruz debajo del ombligo, retirando un poco la bombacha. El hijo me mira el ombligo; a esa altura la mezcla de gusto y asco me deja inmóvil. De a poco voy soltando la teta mientras la enana se sube a los pies de la cama y murmura más frases ininteligibles al compás de un balanceo de sus piernas. Todos se agitan en una especie de trance.

–¡Ahora, ahora!, –gritan madre e hijo; –¡hay que decir la oración otra vez, “madre María sacáme esta porquería, que mi marido y la amante se queden sin semblante”!

Los tres gritan la oración y yo clavo la vista en Cristo, en el sagrado corazón, en las velitas.

Nos vamos calmando, y unos momentos más tarde doña María me dice, mientras agita un papelito:

–Ya está por hoy, ya te podés ir. Pero el trabajo todavía no está completado. Dentro de una semana tenés que volver y decirme si tu marido apareció. Cuando vengas tenés que traerme los materiales anotados acá.

Al borde de la cama, y medio mareada, agarro el papel y lo guardo en el bolsillo. El hijo sigue acostado, con la boca abierta de donde asoma una enorme lengua gorda. Doña María se guarda la teta en el camión y la enana vuelve a irse por un mate.

Salgo del cuarto y camino rápido por la sala de espera hasta la calle.

–Que pase el que sigue –oigo que dice doña María ■

HAY QUE METER LA CHUZA

Kike Bogni

La molestia en el tobillo derecho fue un pinchazo eléctrico cuando Banana Garro subió al colectivo y se topó con la mirada penetrante de La Flaca. Sintió que si persistía lo iba a perforar con esos ojos redondos. Tomó el boleto que le entregaba el chofer, pensó en la cábala de domingos anteriores y lo guardó en el bolsillo izquierdo; buscaba un triunfo.

Antes de dar el primer paso quiso saber qué hora era: las nueve y media. El boleto tenía impreso la fecha que ya no olvidaría. Hay que meter la chuza y hoy somos campeones, se dijo sabiendo que el partido iba a ser trabado. Cambió el bolso de brazo, avanzó.

Ésta viene de bailar, pensó mientras se acercaba. Hizo más lentos sus pasos y pudo verla mejor: rimel corrido, la hebilla que sujetaba el rodete a punto de desprenderse. Garro se detuvo y ella se pasó la lengua por los labios. Sin pensarlo demasiado, entonces, se sentó a su lado.

Una vez que Garro se acomodó, La Flaca miró hacia el otro lado, apoyó la frente en la ventanilla y cerró los ojos. Lento, abrió el bolso. Sacó las vendas y se puso a enrollarlas. Silbaba bajito, cada tanto la espía. Con el paso de cada cuadra ella se acurrucaba un poco más y a él le pareció que se dormía. Hasta que se escuchó la frenada. Se fueron a dúo hacia adelante. Tuvieron que tomarse del caño para enderezarse. Miraron hacia afuera y pudieron ver que una camioneta interrumpía el paso. Ella lo miró, lo tomó de la mano. Le clavaba las uñas cuando empezó a llorar.

De la camioneta se bajó el tipo: campera roja, lentes oscuros. Un palo en la mano que parecía el cabo de un hacha. Subió y amagó pegarle al chofer en la cabeza. Quedate donde estás y no pasa nada, le dijo y rastreó dentro del colectivo semivacío. La señaló mientras caminaba apurado hasta el quinto asiento.

La tomó del brazo y le dio dos tirones. Ella seguía sujetándose a Garro. A ver si te corrés, loco, dijo el tipo mirándolo de reojo. Garro se puso de pie. Entonces ella se tomó del caño y siguió resistiéndose: más zamarreos recibía, más fuerte se tomaba del asiento. Por momentos parecía que se iba a desarmar.

Cuando el tipo logró que se soltara empezó a empujarla hacia la puerta. Estaba por bajarla definitivamente cuando ella se dio vuelta y miró a Garro. A él le dio una especie de electricidad que le recorrió el cuerpo entero y corrió a rescatarla. El tipo y La Flaca pisaban el primer escalón. Garro se abalanzó contra el tipo, que lo esperó, erguido, y sin amagues, le pegó dos palazos: el primero iba directo a la cabeza pero se movió justo a tiempo y lo amortiguó con el hombro. El segundo lo recibió en la rodilla. Garro empezó a caerse hacia un costado cuando recordó la venda que había guardado en el bolsillo de la campera. Pudo sacarla y, antes de llegar al suelo, la arrojó hacia arriba intentando que fuera desenvolviéndose en el aire. La venda pegó en el techo, rodeó el cuello del tipo y regresó por el otro lado, hacia las manos de Garro que la sujetó con fuerza y tiró hacia abajo. Fue todo tan

veloz que el tipo solo pudo observar los movimientos de Garro antes de verse obligado a caer. Antes de llegar al suelo se le zafó el palo de la mano y rodó hasta la mitad del pasillo.

El tipo tomó de los pelos a Garro y rodaron por la alfombra de goma. Soltá, dijo el tipo, logró zafarse y se puso de pie. Dio dos pasos hacia atrás, se alistaba a pegarle una patada cuando escuchó el grito de La Flaca. Garro se tapó la cara con las dos manos y se dispuso a recibir el golpe, que nunca llegó. Cuando se quitó las manos de la cara y abrió los ojos, la vio parada frente a él. El tipo estaba desmayado en el suelo y tenía sangre en la cabeza. Ella sostenía el palo con las dos manos.

Bajaron al tipo entre los dos y lo dejaron en la caja de la camioneta. Apure, chofer, arranque, dijo ella y tomó a Garro del buzo. La puerta se cerró y retomaron el recorrido.

Antes que Garro preguntara nada, se sentaron y ella lo abrazó. Le dijo que la perseguía. No podía hacer nada sin que estuviera espiándola. La llamaba todo

FULBAZO CUENTOS COLECCIONABLES, es un proyecto que pretende fomentar encuentros de lectura y escritura a través de la distribución gratuita de libros-álbum.

Se ha desarrollado en institutos de menores, clubes, centros vecinales, albergues para gente en situación de calle, barrios, escuelas primarias, centros integradores comunitarios, colegios secundarios, ferias de libros, centros de capacitación socio laboral, colegios para adultos.

Desde 2009 el taller FULBAZO fue convocado por personas diversas y agrupadas bajo las más disímiles circunstancias de las vidas. Leímos, observamos las imágenes, pensamos las historias propias y ajenas. También escribimos, nos emocionamos. Buscamos la alegría construyéndola paso a paso, como un gol.

bognienrique@hotmail.com



Crist. Windows.

el tiempo, la esperaba en la parada del colectivo. Casi no podía moverse de su casa. No quería verlo más y se había puesto como loco. Ya hace cinco meses, hoy hago la denuncia, dijo y se apretó las manos. Luego le pidió que la acompañara hasta su casa. Desde la parada eran dos cuadras. Garro calculó la hora y vio que tenía tiempo para hacerlo y tomar el colectivo siguiente.

La casa era lo más parecido a una mansión. Garro jamás había entrado a una más que para arreglar los caños o cambiar un cuerito. Intentó despedirla en la puerta pero ella insistió con que entraran. Quiero agradecerte, le dijo y lo besó. Su aliento era una mezcla de vodka y tabaco, algo rancio pero lo olvidó cuando ella le metió las manos debajo de la remera y le clavó las uñas. Entraron a la cochera. Garro la miró cuando ella le bajó el pantalón de un tirón. Se agachó y le quitó el slip. Él se quitó la remera y miró el techo. Era de vidrio opaco y se reflejaba el auto importado, color champagne, que estaba detrás. La hizo parar y se tiraron sobre el capó. Ella abrió las piernas. Garro se le tiró encima un momento y rápidamente La Flaca empezó a forcejear hasta cambiar de posición. Una vez que estuvo arriba, se quitó la remera y se arrancó la hebilla: el cabello le llegaba hasta la cintura.

Garro intentaba tomarla de las piernas y ella se zafaba. Iba y venía desenfundadamente y por momentos lo agarraba de las orejas y lo zamarreaba hacia un costado y otro. Intentó decirle que le dolía pero se dio cuenta que era imposible que lo escuchara. Ella siguió moviéndose a toda velocidad, con los brazos en alto, gimiendo. Se escuchaba el choque de los cuerpos cuando Garro apoyó la nuca en el capó y volvió a mirar hacia el techo. Le pareció que se proyectaba el gol del último partido sobre el vidrio espejado. Era como si la voz del relator proviniese de alguna radio cercana: *“para la pelota Garro, levanta la cabeza y descarga en Barbieri, que se la pasa a Quintá. Faltan dos minutos y ya no hay mucho por hacer. Ananá Fizz, el equipo de José Ignacio Díaz clasifica para la final. A no ser que Sarajevo reaccione. Ahí lo vemos a Quintá que vuelve la pelota a Garro. Elude a un rival y avanza. Puede ser la última jugada del partido. Barbieri pica y levanta la mano. La pide sobre la línea derecha. Garro lo ve y se la tira, preciso. Barbieri la para de pecho y la deja dormida en el suelo. Levanta la cabeza, viene entrando Quintá por el aire. Si se la tira ya, es gol. Tiraselá ya que es gol. Barbieri lanza el centro. La pelota llega al punto del penal, frentazo de Quintá y gol. Gol. Gol de Sarajevo. Gol. Gol de Sarajevo, señores y señoras. Con el empate en uno, Sarajevo está en la final”*.

Cuando Garro se dio cuenta, La Flaca dormía sobre su pecho. Se deslizó hacia un costado, le puso la pollera enrollada de almohada, la tapó con la campera. Se vistió lo más rápido que pudo, sin hacer ruido. Antes de salir la miró de nuevo: acurrucada, le sobraba espacio en el capó. Era petiza y morocha. Nariz ganchuda. Le dio un beso en el hombro. Abrió la puerta, corrió hacia la parada.

Solo habían pasado algunos minutos cuando vio que el colectivo doblaba en la esquina; a dos cuadras de él. Se frotó las manos. Mientras buscaba el cospel imaginaba los reproches de sus compañeros. Escuchó el chirrido de las gomas que frenaban. Quitó la vista de adentro del bolso y le pareció vivir una pesadilla: la camioneta estaba de nuevo frente a él. El tipo venía con el palo en la mano, acompañado por dos más. El colectivo, una cuadra más atrás. Garro se desesperó y corrió de nuevo hacia la casa, maldiciéndose. Golpeó el portón. Nada. Golpeó de nuevo y al ver que no lo atendían comenzó a dar golpes más fuertes. Flaca, abrí, gritó. Corrió hacia la puerta de entrada, tocó el timbre dos veces más. Pidió por favor que alguien abriera. Y regresó el pinchazo en el tobillo, segundos antes del primer palazo en la espalda ■

CAMPUS (FRAGMENTO)

Silvio Mattoni

Ayer llegamos al país tranquilo, fueron doce horas de manejar el auto y distraerse del mundo verdadero. Salgo impetuosamente a la mañana a ver la ciudad portuaria, compro un libro, una gaseosa, desayuno y paseamos con niños y hermanas conversadoras, aliadas, acompañadas en su esfera secreta. A mí, solo en un país raro, parecido al que conocemos pero levemente distorsionado, me da un mareo y la amenaza de desmayo me trae miedo, tal vez enojo. Agarro la manito del hijo varón para recobrar fuerza. Me compro la libreta en un museo de artista algo impostado, como todo vanguardista que encontró su fórmula y la sigue, y una birome estándar con el logo para incautos.

Seré un turista con notas, al menos que la cabeza en marcha disipe los mareos. Ni trabajo ni celebración del ocio que obliga a estar contento, noticias de un repiqueteo de las frases que no me abandonan. Y en el museo, frente a un estanque con peces anaranjados, mi hijo de tres años se ríe, grita y da vueltas. Hace correr más rápido la tinta.

Montevideo se abre como un barco de ocasionales esplendores vencidos por el tiempo y la desidia, cuya proa entra decididamente en el mar, pero no tanto por el deseo de avanzar, sino más bien por la gracia de hundirse en una fuga infinita.

Veo desde la ventana torrecitas cilíndricas, ¿orientales? No llegaré a la tontería de sacar conclusiones falsas de observaciones de lo real, los edificios, las formas de caminar de la gente, la desigual distribución de la plata, la belleza de otros cuerpos que podrían ser tan extranjeros y tan parecidos a lo mismo, a las mismas migraciones, como yo.

Ayer tiramos piedras incontables con mi hijo a una playa de puerto, sin arena fina, hecha de espigones y gaviotas carroñeras. Una piedra más grande, otra más chica, una enorme y acaso peligrosa para un nene de su edad, pero ejercita la voluntad y los músculos de sus bracitos con increíble destreza. ¿Cuándo perdí esos juegos, el deseo de llegar más lejos o apuntar mejor? ¿Suplanté la acción por la contemplación?

Yo valoro la acción del chiquito incansable, veo su fuerza y su alegría, para que permanezcan como un punto elevado de vida en este día, en la ciudad del monte fantasma, aunque eso implique mi quietud y mi distancia, que para mí sea imposible ahora un goce inmediato.

Mejoró mi salud. Hoy salimos de viaje hacia la costa norte. Siete en un auto.

Un día y otro día, playa y comidas. Y en la playa se para a cada rato la sombra indeseable del aburrimiento junto al calor, y al viento en ocasiones. Pero en un momento escucho la voz del nene que murmura sus cantitos al mar: “ié, ié, íee, eie, eie, eie...”, y entiendo que existen formas de vivir lejos del pensamiento y de lo escrito. Sin embargo, aun así, me asombro, como si no lo supiera, de todas las maneras insensatas de querer ser mirados que asumen cuerpos jóvenes y no tanto sobre la arena casi blanca. Si bien la belleza física acá quedó reducida al estado de músculos, de todos modos abre la única puerta a la promesa de no sentir el paso del tiempo. O el alcohol, la puerta siempre disponible, obligatoria en los días venideros.

Compro unas caipirinhas a bajo precio y me empiezo a reír mientras las olas tibias mojan mis pies y sacude mi otra mano la de mi hijo que lanza una carcajada con las vueltas incesantes del agua siempre iguales y siempre distintas.



En estos días de embriaguez continua y casi literal, sólo una aparición a la siesta mientras camino hacia la playa con los innumerables bártulos que necesita una familia a cada hora: me doy vuelta sobre una plataforma de madera, invadida por la arena muy fina, para ver si mi hija me sigue y no se cansó de llevar alzado al hermanito que se niega a correr el riesgo del suelo caliente, entonces se interpone entre mi vista y mi hija una figura alta, de vestido blanco, impecable, con rastas sobre una cara incomprensiblemente perfecta. Me pasa. La veo irse, su juventud

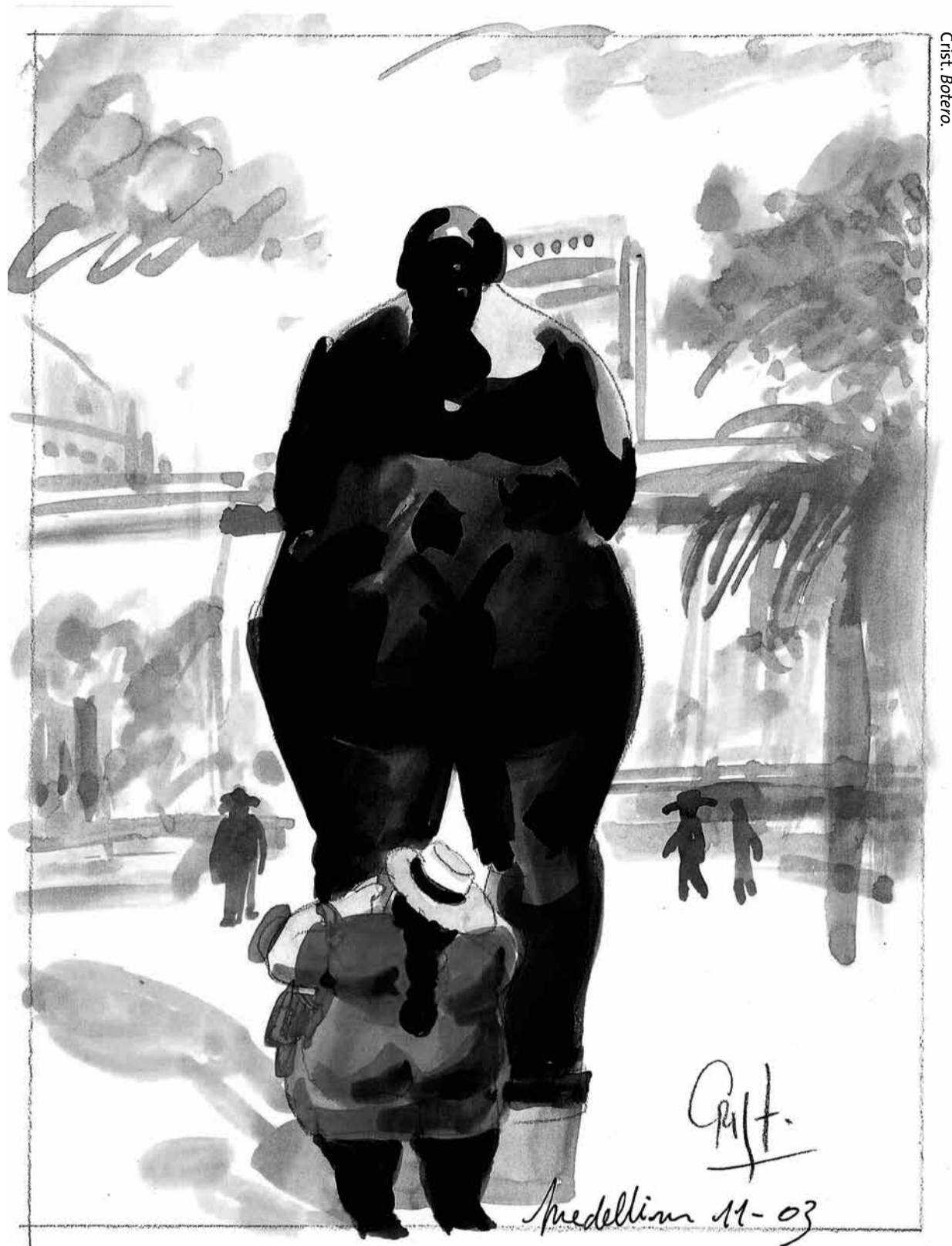
delgada y flotante, la transparencia del vestido blanco, el largo pelo enredado y después ordenado en un semi rodete. ¿Cómo llamar a esa fascinación de un instante, a lo imprevisto que no se repetirá?

Pero el pueblito es chico, poco literario en sentido moderno, y la desconocida reaparece a la noche, es la moza de un pequeño bar y restaurante al aire libre, frente al mar. Apenas ve mi hijo su rostro perfecto y las rastas larguísimas, los ojos de hilos dorados en la luz nocturna, se queda como hipnotizado, no puede dejar de seguirla. No se trata de amor ni sentimientos ni relatos, sino de impactos, impresiones, choques. Al mismo cuerpo joven, respondemos ambos con fascinación y raptos. Yo, disimuladamente, sin señales, él, con el descaro de la pequeña infancia, parpadeando repetidas veces, hasta que la chica se da cuenta y le habla y al final lo besa.

Volvemos varias noches; al llegar, mi hijo abraza encantado a la moza más alta y después se despedirá con otro abrazo interminable. Tengo que tocarle el bracito alrededor del cuello de la chica para recordarle que nos vamos, que la deje ir, que es imposible tener esa belleza, es muy grande para él –como todas las cosas que no son para jugar– y yo soy viejo para el mero impulso. La chica se ríe y le dice: “¡Estoy enamorada!” Qué uso leve de palabras graves, pienso. Pronto nos iremos del pueblo y una sonrisa delegada de un hijo a un padre será un punto en el olvido que todo lo cubre, todo lo borra con sus olas que no paran nunca, con la erosión que se lleva incluso al cuerpo que intenta recordar.



Con entereza enfrenta el jardín de infantes, en una época del año en la que nadie parece estar obligado a nada. En un instante que no podría medirse, su lágrima regresa al ojo que se aclara y borra las nubes de su ceño minúsculo, como el tiempo que tarda una gota de rocío en evaporarse y volver al cielo bajo este calor insuperable.



Crist. Botero.

Y vamos con su madre a jugar a los papeles, los mensajes, las gestiones, a la escritura de notas que nunca llegan a extenderse lo suficiente como para hacer su propio mundo. Los límites de mi cuaderno son los límites de mi lenguaje. Una piecita solitaria con ventilador en un pabellón administrativo de la facultad delimita una burbuja del mundo. Pero no hay mundo, salvo el de los muertos, que no salen a la siesta por los campos universitarios, que apenas hablan en forma de letras impresas.

Cuando hacíamos el fuego con mi hijo para los asados de las vacaciones, creí que su fascinación por el baile de las llamas elevándose encima de la pira de troncos y de piñas se parecía a los raptos que le causan las mujeres jóvenes, pero no, era otra cosa. El crepitar de los muertos que nunca conoció le decía que hasta la madera más dura se consume. Mis garabatos azules se resisten al caos que los habita, como los círculos de unos dibujos esféricos en la perspectiva involuntaria

de mi hijo de tres años no quisieran convertirse en el ovillo laberíntico y opaco que en ellos se insinúa.

Voy a salir del box. A buscar una invitación, aunque sea un saludo sin palabras, búsqueda de cabezas afirmativas que comiencen el año riéndose.

Mujeres de cuarenta que se ríen a carcajadas frente al pabellón del decanato y no se olvidan de una juventud que todavía las hace irónicas con sus funciones. Levantan entre las tres, de jeans y con remeras de colores, grandes planchas de cartón para fundar una editorial de libros valiosos disfrazados de sencillez. Todo les parece posible en la amistad, en la semejanza que no compite. Los varones andan solos por las oficinas como si la especie los hubiese condenado a ser únicos en cada espacio o manada, o bien a formar grupos de nómades solteros que envidian y que imitan a las chicas. Demasiado simplista, la etología oscurece los movimientos que veo con sus divagaciones y delirios de ciencia. En el viejo edificio de hace

un siglo, repican los cantitos de las emprendedoras siempre nuevas, llenas de cortesía y dones para la conversación. Tienen máximas secretas y escondidas en sus cabeceras portátiles que dicen: no descuidés el cuerpo ni la ropa, no descuidés los libros ni la mente, con o sin hijos hacé que la vida siga las huellas de la felicidad. ¿O imagino yo el canto de estos coros, como si no pensarán por su cuenta y aisladamente en los mismos combates, las agendas y los plumajes del prestigio que, en el presente, se yerguen doctrinarios? Despreocuparse es arduo para todos. Ahora escribo en una salita con muebles nuevos, tapizados de cuero ecológico blanco, donde mi mujer, una chica cantora y muy risueña, lee las aventuras de un argentino nómada y yo espero que me traigan sus escritos sobre estética algunos estudiantes. El vicio de escribir ya casi no me deja leer si estoy muy lúcido, preciso estar perdido, la cabeza en brumas, para agarrarme a un libro como un náufrago que flota en su madera y no se acuerda de dónde viene, ni puede saber adónde llegará.

Pinto las hojas con azul o negro en pintitas, trazos, plumas, piedritas, formas todas de mis letras si no fueran leídas. Y sin embargo, aun a la distancia, ninguna se parece a la siguiente. ¿Será la unicidad de cada página una inconsciencia similar al ala del azar de una mariposa? ¿No querré ser alguien que se repite, aunque sólo sea una imagen persistente, un yo, su cuerpo y sus maneras, en el lapso de un año o de un cuaderno? Yo no puedo verlo.

Los árboles del campus están espléndidos de verdor incontenible en el último mes largo de verano. Cuando caigan sus hojas, ya habrá pasado a través de mí un siglo y medio de filosofía y crítica literaria, como soplos de otro ser desconocido en el tubo de mi cuerpo, asociándose en mi garganta, mi lengua y mis labios a la tonada natal de una región del habla en castellano, solamente los dientes permanecerán firmes, tal vez. Es época de ensayos, sin funciones para el público. Si mi vocación fuera hablar, no escribiría. Pero, ¿no hablo acaso para ya no escribir más? ■

TEMPORADA DE TIBURONES

Martín Cristal

Salen del cementerio de San Vicente. Ya han dejado bajo tierra a Fidel Lázaro, nacido en Lvov en 1901 y muerto hace pocos días en Córdoba, durante un sueño apacible, a la edad de setenta y cinco años. Su nieta Berta sube al asiento trasero del Peugeot 404. La otra, Amalia, se despide de todos y vuelve al hotel en un taxi con su esposo, el contador (a la beba la han dejado en Buenos Aires con los padres de él). La que va a manejar el 404 es la madre de ambas, Sara Lázaro de Kaminski. Su marido manejó a la ida, pero ahora Salomón Kaminski no puede porque sus manos se sacuden como si acabara de lavárselas y no tuviera una toalla para secarse.

Todos están vestidos de negro, Salo con el último traje que se confeccionó cuando todavía estaba en condiciones de ejercer su viejo oficio; después el temblor de sus manos lo alejó de la aguja y el hilo. Es cierto que el problema fue aplacándose hasta un nivel casi imperceptible, y también que —aunque los remedios no lograron que el temblor desapareciera del todo— Salo al menos ya podía hacer otras cosas importantes, como manejar. Incluso esta mañana pudo hacerlo. Ahora, a la vuelta, ya no: las sacudidas de sus manos han vuelto a su violencia original. Pobrecito, piensa Sara mientras encaja su voluminoso cuerpo entre el volante y el asiento. Debe ser por la emoción, papá y él se llevaban bien. Espero que después afloje, si no vamos a tener que volver al médico. El síntoma se manifestó por primera vez el año pasado, durante un caluroso viernes de primavera. Justo antes de que Salo Kaminski apagase las últimas luces de la sastrería, un tipo panzón se agachó con ese movimiento aceitado con el que los boxeadores entran al ring y se mandó al negocio a pesar de que la persiana ya estaba a medio bajar.

Está cerrado, le dijo Salo. Sí, ya me di cuenta, dijo el panzón sonriendo, le robo un minuto nomás.

Mientras no me robe otra cosa, pensó Salo. Los empleados ya se habían ido. Ese día Salo les había pagado el mes, así que en la caja no quedaba más que cambio chico.

Quería hacerle una preguntita, dijo el tipo mientras inspeccionaba con seriedad el corbatero, como buscando

con qué reemplazar el pedazo de tela raída y pasada de moda que le colgaba del cuello. Tenía un saco marrón muy ordinario y un pantalón gris. Salo siempre se fijaba en estas cosas. Defecto profesional.

Me dijeron que en la terraza de acá arriba se juntan varios todos los jueves, dijo el tipo, acercándose al mostrador. El pelo con raya al costado, muy corto en la nuca.

Salo miró hacia la entrada: había otro hombre parado afuera del local. Pantalón beige y mocasines marrones, hasta donde podía verse. Los pies del tipo de afuera apuntaban hacia la calle. Ni entraba ni se iba. Junto al cordón de la vereda, se veían las ruedas oscuras de un auto grande.

Es un club de amigos, dijo Salo. Nos juntamos a tomar cerveza y a charlar. De cine. Lo hacemos desde hace años.

Ah, mire qué lindo. ¿Solamente de cine, hablan?

Sí. Nada de política ni religión ni fútbol. Es la única regla. Se habla solamente de cine. Ni siquiera la cerveza es obligatoria, aunque la verdad es que todos toman lo suyo.

El otro sonrió.

A mí el cine me encanta, dijo el tipo. Siempre llevo a mi señora y los chicos. Una vez al mes seguro. A veces dos. Y digamé, ¿son reuniones abiertas, cualquiera puede participar? ¿Quiénes vienen a charlar con usted los jueves?

No siempre viene la misma gente... pero, si me disculpa, ya estaba cerrando, me tengo que ir. Mi mujer me está esperando en casa. Si quiere volver el lunes, con mucho gusto le...

Cierto, usted ya se estaba yendo, dijo el tipo y clavó los ojos en los de Salo por primera vez. Ojos duros, llenos de venitas rojas.

Se la hago corta: ayer vino el turquito Abdala, ¿no?

Mire, señor, no lo tome a mal, pero el lunes, si usted quiere...

No, no, el lunes no. Ahora. O si no el jueves que viene: les caigo para oírlos charlar de cine a usted, al turquito y a los demás. ¿Qué le parece? Deben ser lindas las discu-

siones. Ayer estaban a los gritos, el quilombo que armaban se escuchaba desde la calle. ¿De qué hablaban ayer? De una película. A unos les había gustado y a otros no. Siempre que pasa eso, la cosa sube de tono. Si molestamos a algún vecino, le quiero aclarar que nunca fue nuestra...

Deje, hombre. Nadie se quejó de nada. Lo que me gustaría saber es qué película era esa por la que peleaban tanto.

Tiburón.

Ah, sí. Qué película impactante. ¿Cuánto lleva en cartel? Una punta de semanas. Qué éxito bárbaro. ¿A usted le gustó *Tiburón*?

Bueno, la verdad...

Porque a mí *me encantó*. ¿A usted no?

Sí, sí, claro. Digo, como entretenimiento está bien. El final, un poco tirado de los pelos... pero bueno, hay que entender que haya otras personas a las que pueda no gustarles una película que...

¿Y por qué no les iba a gustar? A ver, ¿por qué carajo no les iba a gustar? La fuimos a ver con mi señora. Sin los chicos: nos dijeron que salían mujeres desnudas. Y tal cual, en la primera escena. Fuera de eso, que no corresponde en un espectáculo público, la película nos pareció impresionante. Un suspenso nunca visto. Digamé una cosa: al turco Abdala, ¿le gustó la película?

La verdad, no me acuerdo bien qué dijo el turquito.

Cómo que no, si fue ayer a la noche nomás. ¿Le gustó al turco, la película? ¿O no le gustó?

Mire: no me acuerdo qué opinión tenía Abdala. Y ahora, si me disculpa, tengo que...

Ah, no, no, no, pará un poquito, dijo el tipo, y apoyó las dos manos bien separadas sobre el vidrio del mostrador. El saco marrón se entreabrió y Salo pudo ver la culata del arma asomando sobre el cinto. El tipo acercó su cara a la de Salomón Kaminski.

Escuchame bien lo que te pregunto, moishe: a Abdala, ¿le gustó *Tiburón*, sí o no? Y no me vuelvas a decir que no te acordás. Hací memoria, dale.

Por unos segundos sólo se escuchó el zumbido de los ventiladores. Ese fue el momento exacto en el que, justo



por debajo de la línea del mostrador, las manos de Salomón Kaminski empezaron a sacudirse: temblor, TEMBLOR, TEMBLOR. Así de fuerte durante muchos días, hasta que llegaron los médicos y los remedios.

No, dijo Salo sin animarse a moverse. A Abdala no le gustó la película.

Ahí está, ¿ves que sí te acordabas? Muy bien. ¿Y por qué no le gustó *Tiburón* al turco de mierda ese?

No es que no le haya gustado, dijo Salo, tratando de matizar. Lo que pasa es que para el Turco, si una película no es perfecta, entonces no... Quiero decir: si falla cualquier detalle, en cualquier nivel, al Turco se le cae la película entera. Él es así. Y bueno, en *Tiburón* le pareció inaceptable que el protagonista dijera, que en cierto momento dijera, bueno, que dijera eso de: "Yo acá puedo hacer cualquier cosa: soy el jefe de la policía".

¿Qué? ¿Eso solo le jodió toda la película?

Sí, a él sí. Pero no es tan grave, creo yo. Es sólo una opinión. Mire, no sé quién es usted ni por qué le interesan estas cosas, pero quisiera explicarle que...

Pero cómo no va a ser grave. ¿Ves que de cine no entendés nada, moishé? A ver, a ver: atendeme. Una amenaza

mortal asedia a un pueblo de gente decente y honrada. Se esconde bajo el agua, espera... se los quiere comer a todos, de a uno por vez, bañados en su propia sangre. ¿Y al turco pelotudo ese le jode que un gobernante incompetente le tenga que firmar un poder al único hombre de la isla que tiene huevos como para ir y enfrentar al tiburón de una vez por todas? Por supuesto que puede hacer lo que quiera, el policía: es su deber, están en una emergencia. Y si el gobernante no hace nada mientras el tiburón tiñe el agua de rojo y se come a un pibe tras otro, el policía tiene que actuar. Para que la isla vuelva a estar en paz, hay que liquidar al tiburón. ¿Entendés lo que te digo, Kaminski?

Sí...

Bien. Y estás de acuerdo con lo que te digo, ¿no?

... Sí.

Así me gusta. Te agradezco mucho lo que me contaste del turquito, eh. Ahora escuchame: no le digás que vinimos. Ni una palabra. Mirá que si el turco se borra, nos vamos a dar cuenta que fuiste vos el que le avisó. De ahora en más, prestá atención a todo lo que pasa los jueves. Escuchá bien, tratá de no olvidarte. Por ahí

te volvemos a visitar uno de estos días, cuando nos interese saber qué opina uno de ustedes sobre alguna otra peliculita.

Salió con el mismo quiebre de cintura con el que había entrado. Los pies que lo esperaban del otro lado de la persiana subieron con él al auto.

Las reuniones cinéfilas se suspendieron por tiempo indeterminado. A la fecha nadie volvió a visitar a Salo después de hora.

Los temblores empezaron a ceder a fuerza de pastillas. Hasta que hoy, mientras se congregaba el *minián* para el entierro de su suegro (justo al lado de la lápida de su suegra), Salo escuchó a sus espaldas cómo un viejo amigo del club, que había llegado temprano a acompañarlo, le preguntaba a otro de sus amigos, en voz muy baja:

Che, el turquito Abdala, ¿se fue del país? Hace rato que no lo veo.

Entonces las manos de Salomón Kaminski empezaron a sacudirse con fuerza otra vez. Y a pesar de los médicos ya no pararon de temblar, incontrolables, durante muchos años ■



NO LO SOÑÉ*

Carlos Presman

Sólo los sueños y los recuerdos son verdaderos, ante la falsedad engañosa de lo que llamamos el presente y la realidad.

Alejandro Dolina

Fue un 25 de diciembre, es la única certeza que conserva mi memoria. La Nochebuena había estado más colmada de comida que de regalos. En casa ya somos todos grandes y las preferencias mutaron de los objetos a la gastronomía: cerdo y cabrito, todo tipo de ensaladas, pan dulce, helados, garrapiñadas y turrones. ¡Y vaya si bebimos! Cerveza, vino rosado, tinto, champagne, whisky.

El timbre del consultorio sonó en mi cabeza como una trepanación sin anestesia. Abrí los ojos y confirmé lo tan temido. Eran las seis de la mañana del domingo 25 de diciembre. El timbre sonaba reiteradamente con cadencia de desesperación.

En esos instantes uno se pregunta por qué carajo no estudió literatura o filosofía. Me senté en la cama, me vestí y me puse la chaquetilla de médico. Sólo esos mínimos movimientos y ya estaba empapado en sudor. El alcohol y el calor, pensé. Sentía el juramento hipocrático

*Cuento del libro *Letra de Médico 2*. Editorial Raíz de dos, Córdoba, 2012.

clavado como un puñal en la nuca, la culpa de haber comido y tomado como para sobrevivir la próxima centuria hibernando y la intriga preocupante de por qué el paciente requeriría mis servicios a esta hora y con tanta urgencia.

Abrí la puerta sin preguntar quién era. Mi cara de asombro y angustia cosechó la primera respuesta a la consulta sin que pudiera abrir la boca.

—Sí, doctor, soy Papá Noel, pero no puedo dar un paso más, me falta el aire y me duele el pecho. Me estoy muriendo...

De inmediato lo hice pasar y le indiqué que fuera a la camilla. Caminó jadeante, y a gatas pudo subirse para sentarse y apoyar la espalda en la pared. Se sacó el gorro y se secó la transpiración. Respiraba con la boca abierta, como queriendo tragarse el oxígeno.

Busqué el estetoscopio, me lo colgué al cuello y agarré el tensiómetro. Mientras me dirigía a la camilla me asaltaron los peores pensamientos... Papá Noel se moría en mi consultorio y para colmo en Navidad.

Es increíble la velocidad mental que se adquiere en situaciones límites. Mi cabeza emigró vertiginosamente a las peores fantasías mediáticas que horadaban mi cerebro conservado en alcohol:

El diario *La Voz del Interior* en tapa: Papá Noel fallece en Córdoba capital. Fue asistido por un médico local

en estado de ebriedad. *CrónicaTV*: ¡Último momento! Médico judío y borracho asesina a Papá Noel en la capital cordobesa. *Clarín*: El gobierno nacional tampoco garantiza el derecho a la salud. Papá Noel fallece en un consultorio por no contar con terapia intensiva. *Página 12*: Médico agnóstico termina con el mito capitalista de Papá Noel. El gobierno anunciaría regalos navideños para todos y todas.

Me senté a su lado y le tomé el pulso; la frecuencia cardíaca en irregularidad absoluta era una evidente fibrilación auricular de ciento treinta a ciento cuarenta latidos por minuto. Le tomé la presión arterial: 210/120. Le pedí que respirara hondo y por la boca y le ausculté la espalda. Ambos pulmones, en sus dos tercios basales, llenos de líquido. El diagnóstico ya estaba hecho: edema agudo de pulmón por emergencia hipertensiva. Le hice un diurético (furosemida) endovenoso y le puse un vasodilatador (nitritos) sublingual. No es bueno comenzar la historia clínica por el tratamiento pero la urgencia así lo impuso. Cuando pudo respirar tranquilo recabé más información. Era hipertenso de larga data, diabético tipo dos por la obesidad (diabesidad), fumador, sedentario y tenía el colesterol elevado.

En minutos que me parecieron eternos la tensión bajó a 140/90 y la frecuencia cardíaca a 100, recuperando el ritmo regular. Orinó unos dos litros y ya sin tanta agitación pudo caminar hasta el escritorio para que le escribiera las indicaciones.

—Este trabajo es insalubre, doctor. Está bien que se trabaje un día al año pero vale por los otros trescientos sesenta y cuatro. Para colmo, en la selección de personal ponen como condición pesar más de ciento veinte kilos. No se crea que soy el único, antes éramos un montón en todo el mundo pero ahora nadie quiere agarrar. Andá a ser Papá Noel a Irak, Ciudad Juárez o Villa Libertador. Tras que hace un calorón bárbaro, te quieren comer crudo. Y es difícil armar el sindicato porque la sede está en Nueva York y como andamos de rojo en seguida te tildan de comunista y estás al horno. Te rajan y no te contrata ni la lotería de Unquillo para el Gordo de Navidad. Por eso escasean cada vez más los noeles. Los jefes están pensando en un casting por la tele: “Papanoeleando por un sueño”. O un *reality show* que sea cruza de “Gran hermano” con “Cuestión de peso” que llamarían “Grande Pa”. Se ve que los tipos están desesperados. Imagínese el escándalo y las renuncias en cadena de noeles que hubieran tenido si me moría. Además...

—Tranquilo Noel, ya está mejor. Igual debería cuidarse un poco, comer con menos sal, menos cantidad, hacer ejercicio, dejar de fumar...

—Disculpe doctor, usted recibe órdenes de O.S.P.N., la obra social de los Papá Noel, porque salí sin un mango y a esta hora los regalos los repartí todos.

—Relájese, no me debe nada.

—Mire, estoy tan agradecido que le dejo el gorro oficial y el año que viene paso el 24 a la tardecita con algún presente para sus hijos. Muchísimas gracias.

Ni bien traspuso la puerta de mi consultorio, me saqué la ropa y de inmediato me fui a dormir. Al apoyar la cabeza en la almohada sentía que la colocaba en una morsa que ajustaba sin reparos.

Me desperté el domingo a la siesta con una resaca increíble; en realidad me despertaron los cuarenta grados a la sombra.

Con mi familia nos fuimos a la pileta y almorzamos las sobras del 24, allí les conté que a la madrugada había atendido a Papá Noel. Nadie me creyó y yo tampoco insistí mucho en convencerlos. Recordaba la consulta con lujo de detalles pero la mirada incrédula de mi familia me introdujo cierta duda.

El lunes por la tarde atendí en mi consultorio, como de costumbre. En el escritorio había un gorro rojo, del estilo de Papá Noel. ■

LE MOTS QUI SAIGNENT LA GACETA

Elisa Gagliano



Crist. Haga el humor no la guerra.

A ver, a ver quién menea la gorrita

Un policía identificado bajo el nombre de Benito Lagorra fue el protagonista de un hecho único. El oficial habría sido arrestado por él mismo para posteriormente resistirse a su propia orden de arresto. Benito se intuyó sospechoso ya que era portador de un rostro que lamentablemente coincidía con los patrones genéticos señalados como peligrosos durante su paso por la escuela de policía. Declaró para La Gaceta *“Me arresté solo y después me opuse a semejante medida injusta por parecerme discriminatoria, enseguida me golpeé con mi propio puño para más tarde no dejarme llamar a mi familia en la celda. Gracias a dios, en un rapto de bondad pude coimearme y con ese dinerillo me tomé una birra en el bar La mansión, cita en obispo Trejo al 2300”*.

Re Religión

Jamaica. Piden reemplazar la ostia por el brownie. Los curas analizan el cambio esperando revertir el ostracismo católico que ya convoca menos jóvenes que Arsenal de Sarandí.

Género y Urbe

(No Ubre)

El proyecto editorial “Cosmopolitan” habría llegado a su nivel máximo de autocrítica. Estarían planeando autodestruirse por ser contraproducentes para el libre pensamiento de la sociedad y la evolución intelectual de sus miembros. *“Estamos convirtiendo a las mujeres y hombres de nuestro país en unos imbéciles que no te la podés creer, declararon. Es por esto que en un acto de responsabilidad ciudadana decidimos quemarnos junto a nuestra propuesta”*.

La hoguera, para los interesados tendrá lugar el 8 de marzo a las 20 hs. en Colón y General Pinto Benavide. *Traé tu tronco y aportá fuego a las nuevas tendencias*.

Ciencias y Erotismo

Estudios realizados en diferentes centros de investigación del país, dejan como resultado el descubrimiento de ciertas secuelas físicas que puede generar un paso prolongado por la Universidad. Entre los más destaca-

dos se encuentra el B.N.A (Boomerang Narciso Auditivo), se trataría de un órgano clitoriano ubicado en el canal auditivo. El sujeto universitario ante el desarrollo del síntoma B.N.A logra que sus propias palabras retornen hacia sí mismo cual boomerang y estimulen así dicho órgano. *“Tus ideas se convierten en tus más íntimos deseos”*. Declaró el Dr. en Antropología Social Guardiola con el Ego, Ricardo.

Estupefacientes Súper Pacientes

Detuvieron en Canadá a un sujeto que habría consumido 54.000 kilos de cocaína embolsada. Su objetivo era trasladarla desde Quebec hacia EE. UU. Durante el juicio sus declaraciones conmovieron al mundo. *“Yo de pequeño quería ser un poni, sólo me alcanzó para ser mulita”*.

Vida verde

Las tendencias vegetarianas llegarían al porno. Se estrenaría esta semana “En cuatro paltas”, el primer triple x sin carne.

La muerte de la fe

Falleció en un accidente de tránsito la famosa frase “el trabajo dignifica”. El trabajo no dignifica. Tampoco es salud. Una cuenta simple demostraría que ninguna peste es capaz de consumir tanta vida humana como el trabajo. Pero tampoco hay que dramatizar. No todo el mundo tiene una vida por vivir. La inmensa mayoría de nosotros no se atreve a tanto.

XXX Compuesto

Durante el X Congreso de Periodismo y Lenguaje se habría llegado a la conclusión de que el uso del condicional compuesto iría en desmedro de la seriedad que debería tener la profesión. Se tomarían medidas adecuadas para eliminar el uso del mismo.

A Venus, ¿en bondi?

Durante el último Foro Latinoamericano organizado por lo F.O.A, la F.I.T.E, la O.T.P.L, la R.S.T.U.V y la H.B.O se habría emitido un pedido formal dirigido a la

N.A.S.A para que detengan inmediatamente la búsqueda de planetas habitables en la galaxia exterior. Como argumento central expresaron: *“Vemos que de realizarse este descubrimiento y en caso de catástrofe y fin del mundo éste en que vivimos, ningún latinoamericano podrá costear el pasaje hacia el nuevo planeta. Nosotros seremos pitufos pero no bolufos, siempre pasa lo mismo pero esta vez nos la vemos venir”*.

Del cerebro musculoso

Encuestas realizadas a mujeres de todo el país arrojarían como resultado la necesidad de que los publicistas de laxantes, toallitas femeninas y detergentes comiencen a tomarse un poco más a la chacota el tema del patriarcado. *“Yo no tengo problemas para ir al baño, ya que mi madre fue madre soltera y no tuvimos televisión”*, declaró una de las encuestadas. *“El temita de los detergentes sí es peligroso, nos creen tan boludas que tiene que venir el superhéroe musculoso de los químicos espumantes a decirnos cómo apretar una botellita y ponerle la esponja abajo. Yo no quiero ser mal pensada, pero me suena a desprecio intelectual”*, concluyó. Siguiendo la línea, senadoras del oficialismo habrían presentado un proyecto para prohibir la publicidad de Quilmes, “Iguatismo”, no sin antes regalarles una clase de historia que verse sobre la lucha de las minorías a lo largo del tiempo y un par de masajes corporales *“a ver si estos cocainómanos dejar de sentir tanto desprecio por los demás y se responsabilizan por sus aportes inmensos al no progreso de nuestra sociedad”*, declaró la senadora Ester Figueroa Méndez.

Ciencia

Estudiosos habrían encontrado una enzima que explicaría científicamente la nihilista, tristísima y desesperanzada contestación *“estoy bien, por lo menos”*.

Y los libros del mundo responden

El próximo miércoles se presenta en Córdoba el libro “Del bicho judicial”.

El mismo versa sobre la enormidad de problemas legales que acarrear los monstruos. Ha habido criaturas con dos cabezas y un solo cuerpo. También criaturas con un cuerpo y dos cabezas. Entonces saltan a la vista los blancos judiciales. ¿Hay que hacer un bautismo o dos? ¿Cuántos matrimonios se permiten? ¿Cuántas partes de la herencia corresponden? Después están los siameses, que son bastante comunes. Cuando uno de ellos comete un delito, ¿qué?, ¿hay que meter preso al hermano inocente junto al tráfuga o hay que dejar impune al delincuente? Como si faltaran problemas, también existen hermafroditas. En caso de guerra: ¿se reclutan o no se reclutan? ¿Pueden hacerse obispos o no? Por eso los juristas con tendencias medievales sugieren ahogarlos apenas nacidos. Sin embargo, a pesar de esta política de prevención, en ciertas ocasiones la cuestión se complejiza. Se descubrió en Bosnia una pareja de hermafroditas casados entre sí. Cada uno de los hermafroditas tenía relaciones con los dos sexos del otro: ¿Habría que considerarlos sodomitas, lesbianas o adúlteros? Todas las respuestas, en este libro tan esperado.

El Ying y el Jack (el destripador)

Estudios explicarían por qué en nuestro país el aborto sigue siendo considerado un delito, también por qué la sociedad permite la muerte de miles y miles de mujeres pobres al año por dicha práctica y por qué la iglesia está tan preocupada por el bienestar de los no nacidos y tan despreocupada por ellos cuando ya nacieron. Uno de los argumentos más sólidos de los grupos católicos opositores es que entre los fetos no natos puede haber un “Bach” lo que nos deja entrever un gran amor por la música clásica y un inmenso desamor por las personas. Y sin son pobres, feas y gordas, ni te imaginás ■

OJOS QUE VEN, CORAZON QUE SIENTE

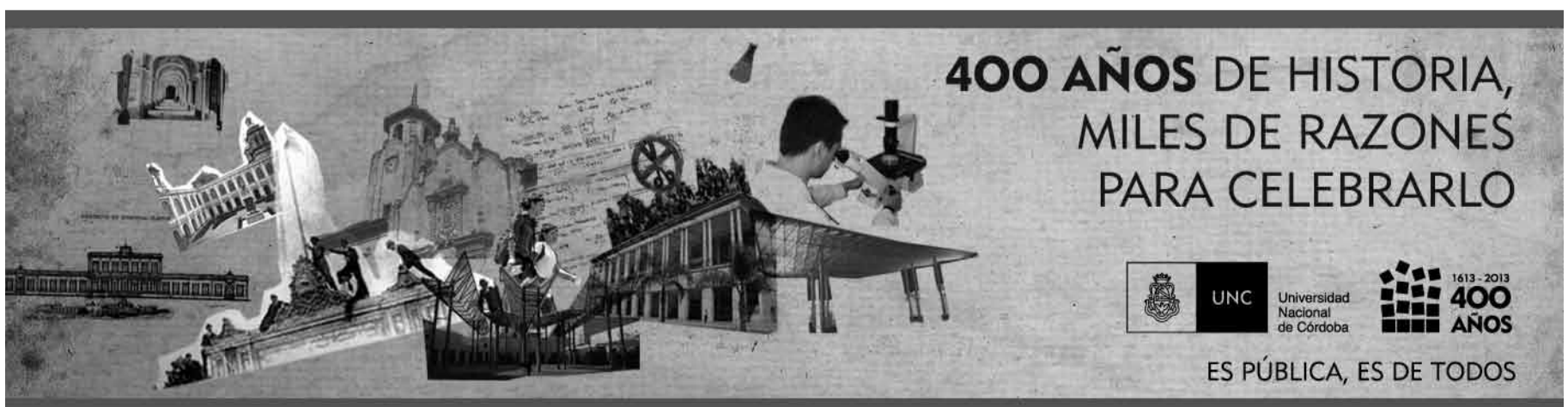
Sol Pereyra

Una mañana como cualquiera, una mañana para ella, un medio día para otros, la hora dependía de la persona que la vivía. Sube al colectivo, gente que huele a medio día. Apenas sube avanza 7 pasos quedando al medio, absolutamente rodeada y en segunda fila; no mira demasiado porque no tiene mucho espacio para hacerlo, sólo puede hacer pequeños giros con su cabeza hacia los costados, nada muy interesante aún pero sí. En el primer paneo hay un leve cruce, un chico de ojos casi negros con pestañas largas como las que a ella le gustan, sólo esos ojos pueden llegar a ser algo interesante en que ocuparse durante el resto del viaje; hasta ahora es lo único que ha visto, seguramente si amplía su mirada no todo resulte tan interesante como esos ojos, o sí, tener que decidir para ella es un problema, no le gusta tomar decisiones y menos recién levantada, siente que en ese momento no tiene la lucidez para hacerlo y corre riesgo de elegir mal y cometer el error de su vida, también se sabe exagerada por lo que puede ignorarse cuando entra en esos conflictos.

Decide seguir mirando. Justo se corren las dos adolescentes uniformadas que venían delante de ella mirándose con otros chicos, con otro uniforme, de

otra escuela. Ellas se corren, se sientan, ella casi se sienta, no lo logra, le ganan de mano las adolescentes. Se despeja el pasillo y su objetivo queda a la vista, puede agarrarse del asiento, mira hacia el costado bruscamente, como si no hubiera nada que ocultar, de hecho no tiene nada que ocultar, ¿por qué no mirar?, lo busca, lo encuentra, rápidamente desenfoca de su cara, sólo mira los ojos y va hacia su muñeca que se sostiene con fuerza del caño de arriba, el que está en el techo y al que ella apenas si llega. En la muñeca él tiene una pulserita de gamuza y cuero marrón, fea, muy fea, al menos para ella, no dice demasiado o dice justamente que él no es de su estilo, se anima a mirarlo más, ya no le tiene miedo ni siquiera a la posible indiferencia de él, ya no le importa porque sabe que él ya no le interesa y no va a sufrir. Mientras lo mira impunemente descubre que él la está mirando, y tiene la sensación de que lo hace desde hace un buen rato. Ella piensa que él piensa en ella, en que es linda, en qué hará, y por momentos le cae bien y hasta siente lástima por él, porque ella ya no lo elige, ya se dio cuenta que no es él, en cambio siente que él sí la elige como la mejor opción del colectivo y por qué no, hasta de su vida, ella lo da por sentado. Él la está mirando desde hace rato y ella se asume

seductora y algo especial. Se desocupa un asiento. Me corresponde, no cabe duda porque estoy junto a ese asiento así que lo ocupo sin culpa alguna, no hay ancianos ni discapacitados, por suerte está lejos de los asientos de adelante, tengo ganas de viajar sentada, mira a cuanta distancia está de adelante y ve a una chica que la mira, ella le ve cara conocida pero no, no la conoce, se miran de vez en cuando y cada tanto ella vuelve al de los ojos lindos que ya es un pobre infeliz por el que siente lástima por haberle roto el corazón. Al lado de la chica de adelante hay otro chico, ese sí le interesa, tiene algo que ella identifica rápidamente como lo que le interesa, piensa en el de los ojos negros, pongámosle Tomás, pobrecito, ella ya tiene en la mira a, a, a Facundo, pongámosle Facundo, el que acompaña a la de adelante, lo ha hecho inconsciente, piensa, lo de ponerle Facundo, porque justo tiene patillas grandes, como las de Facundo Quiroga, lo recuerda, a ella le cae bien Facundo Quiroga y tuvo un compañero en la escuela que se llamaba Facundo y que también le caía bien, más puntos a favor del muchacho de adelante, el supuesto Facundo cada vez le agrada más, pero él no la mira, no porque no le interese, él aún no ha mirado para atrás, ella le clava los ojos para lograr que él la mire pero él parece





Crist. En el supermercado se consiguen.

calmo con la mirada y la cabeza en otra cosa, ella no se va a dar por vencida hasta saber que él no tiene interés en ella, y le cuesta lograr que él mire hacia atrás, mientras tanto piensa, pobre Tomi, lo siento, ya elegí a otro, siente que Tomás lo sabe y ya le ve cara triste, ella empieza a sentir angustia, se siente culpable, pero bueno, se enamoró de otro, sucede, no es culpa suya, para colmo presiente que Facundo está con otra, con la que se miraba al principio, con la que se veían cara conocida, quizás ella la miraba como diciéndole no mires a Facundo que viene conmigo, quizás no, quizás simplemente la conozca de algún lado, ya no importa, por fortuna ella se sienta;

él, Facundo, le cede el asiento, sí, sí, están juntos, ya me di cuenta, pero eso no significa nada, pueden ser primos o hermanos o amigos, él tiene unas manos hermosas, debe ser una persona calma, ella piensa que él le haría bien, tiene el pelo justo como le gusta, se lo imagina al tacto en su mano, sí, es suave, y por fin se da el gran suceso, él, Facundo mira hacia atrás, pero lo hace velozmente y ella justo se había distraído abriendo la ventanilla así que ahora no sabe si la miró y le gustó y justo giró su cabeza para que ella no lo note, si no la miró, es decir miró para atrás pero no la vio o si directamente la vio pero no le interesó, no se rinde, mira con más fuerza hasta lograr que él

la mire de nuevo y ella pueda comprobar si es amor verdadero o sólo algo fugaz que le pasa sólo a ella, sus ojos lagrimean por la fuerza y la fijación de sus ojos, en ese momento Tomás se va hacia atrás, a ella le cae una lágrima y piensa, es una lástima que se baje, pero bueno, en fin, hacía rato que sabía que ya no le interesaba, pasan unos minutos pero con Facundo no ha pasado nada, suben dos chicos de unos 16 años que se paran y se toman de donde ella se había agarrado cuando iba parada, ella los mira, uno de ellos la mira rápidamente y sigue en lo suyo, ellos subieron juntos pero no se hablan, ella comienza a aburrirse, saca un papel de su bolso, lo lee, en realidad no le interesa demasiado, lo guarda nuevamente, abre un poco la ventanilla, vuelve a abrirla otro poco, el sol le molesta en los ojos, por unos minutos se había olvidado de Facundo, pero ahora que lo recordó vuelve a mirarlo, justo él estaba mirando para atrás y giró rápidamente, nuevamente ella no sabe qué siente Facundo por ella, si al menos se hubieran encontrado sus miradas un segundo, si así hubiera sido, ella sabría de qué tipo de amor estamos hablando pero no, se le escapó de los ojos por segunda vez, piensa, de todos modos, que sí, que es probable que algo haya, aunque sea leve, ella reconoce que a veces hace bruscos giros cuando no quiere que alguien la descubra mirando. De todos modos, ya se está dando por vencida, comienza a reconocer el paisaje en el que ella se baja habitualmente, mira por última vez, lo saluda mentalmente y va hacia atrás para descender y en su trayecto lo encuentra a él, a Tomás, que no había bajado y que la mira atentamente, ella siente lástima y a la vez amor por él que todavía está ahí, que siempre la estuvo esperando, se emociona, siente cariño por él, valora su gesto y sin mirarlo pone sus mejores caritas de seducción ingenua, se las dedica, toca el timbre por segunda vez, (no estaba segura de que hubiera sonado), mueve sus pies simpáticamente, como si lo saludara a través de ellos. Llega a su parada y baja. ■

KILÓMETRO SIETE

Natalia Ferreyra

A los veinticuatro años trabajaba en una empresa extranjera que distribuía el agua potable en la ciudad. Me despertaba todos los días a las seis de la mañana para tomar dos colectivos y llegar a horario a la planta potabilizadora. Estuve dos años. No soporté a mi jefa. Me hacía modificar los comunicados de prensa, por lo menos, cinco veces antes de enviarlos. Para ella, mis resultados eran poco logrados y debía enfocarme más en superarme día a día. Me sentía inútil y estancada como el agua de un charco oloroso. Renuncié sin tener ningún trabajo en vista.

Durante un tiempo vendí panes rellenos en el Paseo de las Artes. A veces sacaba doscientos pesos por día y otras no vendía ni un pan. Pero me sentía feliz, liviana, había dejado atrás la culpa de trabajar para una empresa privada. Pero mi proyecto de economía hippie duró poco.

Un domingo me encontré con un compañero de la secundaria en el Paseo. Me compró un pan de aceituna, morrón y queso. Me preguntó sobre mi vida, si estaba en pareja. Le respondí que estaba más preocupada por mi futuro laboral que en tener novio. Le conté de mi deseo de trabajar en el campo social, algo que siempre me había gustado y nunca había probado. Me preguntó qué era lo social. “Algo que no pertenezca al sector privado, un ámbito donde no se rija únicamente por lo económico”, respondí. Charlé con Sebastián durante dos horas. Me recomendó que hablara con Clara, una amiga de él que hacía comunicación popular en barrios de la ciudad. Me cité con Clara en un bar céntrico. Llegó tarde y empezó a hablarme de estructuras, superestructuras, fuerzas emergentes, resistencias. Clara coordinaba

un proyecto con artesanos en las sierras. Los ayudaba a organizarse, a luchar por sus derechos. También me contó que trabajaba con jóvenes en zonas periféricas de la ciudad.

Me propuso trabajar con ella y acepté inmediatamente. Empezamos a dar un taller a un grupo de adolescentes de entre diecisiete y veintitrés años en un asentamiento que creció en paralelo a la pista de aterrizaje del aeropuerto. La gente lo llamaba “Kilómetro Siete”. Para llegar al barrio tomábamos dos colectivos. Uno hasta el centro y otro hacia las afueras de la ciudad. Después, caminábamos dos kilómetros por un pasadizo de tierra que lindaba con un canal de agua sobre el que se asentaban las casas de los vecinos.

En Kilómetro Siete también había chanchos. La gente venía del campo. Era de esa generación que pasó de lo rural a lo urbano y se vio empobrecida con la mudanza. Pero el traslado a la urbe no alteró sus costumbres. Seguían cultivando la tierra, criando animales y ubicando sus ranchos cerca del agua. Sin embargo, nada era como en el campo. Clara me contó que la tierra de Kilómetro Siete estaba sobre un viejo basural que funcionó en la década del cincuenta. Era imposible plantar algo. Uno rasqueteaba un poco el piso y emergían restos de telas, plásticos y pedazos de satché de leche. Cuando llovía el olor era insoportable. Había que esforzarse por contener las arcadas. El agua del canal estaba contaminada y muchos niños tenían problemas respiratorios desde el nacimiento. Una noche soñé que me caía en el canal y de tantos objetos que había no podía salir a la superficie. Era una boca fangosa de líquido mudo, que hacía recitar

las atrocidades más inverosímiles entre los niños. Algunos decían que había bebés muertos o víboras rojas que se te metían en la cola si te caías al agua. Nuestro lugar en el barrio era la escuela. Muchos jóvenes venían por obligación de sus padres y otros “porque querían ser alguien en la vida”. En el taller hablábamos sobre la idea de trabajo, de proyecto personal. La actividad duró seis meses. De los quince que participaban, siete consiguieron empleo a través de un programa del Estado que los incorporaba en fábricas y aserraderos. El resto del grupo empezó a faltar cuando empezó el calor. Decían que con tantas moscas dando vueltas y el zumbido de los aviones era imposible concentrarse. Que preferían quedarse en las casas, eran más frescas. Cerramos el taller con una choripaneada al aire libre y un sketch que prepararon los chicos con la canción El Ángel de la Bicicleta.

Después del verano Clara consiguió trabajo en una consultora y yo volví al ámbito privado, esta vez, una empresa constructora. Mi responsabilidad era generar planes de desarrollo urbano con familias jóvenes. Tenía oficina propia, compañeros amables y vacaciones en enero y julio. Me conformé poco tiempo. A los dos años empecé de nuevo a sentir el vacío. Tuve la visión que debía volver a trabajar por el bien público.

Un domingo desayunaba con mi padre en un bar del centro y nos cruzamos con el Ministro de Obras Públicas, Alfredo Quaranta. Un tipo de izquierda que había llegado al poder por su trayectoria y capacidad. Mi papá lo conocía de la Facultad, habían militado juntos en los setenta. Quaranta me preguntó a qué me dedicaba y sin prestar mucha atención a mi respuesta me ofreció sumarme a sus equipos.



Desde agosto de 1984 | Proyecciones en 35 mm, DVD y Blu Ray

TEATRO CÓRDOBA

• cine para ver •

www.cineparaver.com.ar



Crist. Villa 2031.

Dejé la constructora en diez días. Estaba entusiasmada, sentía que desde ese lugar iba a contribuir al desarrollo de mi ciudad. Me imaginaba gestionando la instalación de la red cloacal en los barrios del sur y colaborando en la resolución de los enterramientos de residuos.

Mis compañeros eran arquitectos, ingenieros y trabajadores sociales. La mayoría participaba en organizaciones de izquierda. Estaba contenta, lo privado había quedado en el pasado. Le había dicho adiós a la plusvalía y al marketing estratégico.

Un lunes llegué más temprano que de costumbre a la oficina y encontré al equipo reunido con el Ministro. Pregunté por qué no me habían avisado. Me respondieron que quizás no había prestado atención cuando lo anunciaron el viernes. Me adelantaron que empezaríamos a trabajar en las mudanzas de las villas de emergencia a los *barrios ciudad* que había construido el Gobierno. Kilómetro Siete estaba en el plan de traslados.

Esa tarde volví al barrio y hablé con la directora del colegio. Me dijo que la gente estaba muy afligida. Que no se querían ir y preferían que el Ministerio les construyera las casas ahí, en su barrio. Estaban dispuestos a dialogar, a edificar ellos mismos las nuevas viviendas.

Fui a hablar con el responsable de los *barrios ciudad* y me confirmó que los vecinos se mudarían al barrio Botica. No había opción, el Ministro ya había cerrado un trato con el Grupo Roma. En esos terrenos se construirían edificios de segunda categoría para venderse a través de créditos hipotecarios por el Banco de la Provincia.

Pedí una cita con el Ministro. Le conté la propuesta de los vecinos y de las implicancias del traslado. Iban a quedar desarraigados de su lugar y posiblemente sufrirían grandes alteraciones en sus vidas. Muchos trabajaban en la zona y habían logrado importantes lazos alrededor de la parroquia y la escuela. Para ellos, esos terrenos constituían su país.

Quaranta me explicó que no podía dar marcha atrás. Era un acuerdo estratégico para poder beneficiar a la clase media. Las elecciones se aproximaban y la gestión debía mostrar resultados contundentes en menos de dos meses.

Salí del despacho con la garganta ardiendo de impotencia.

A la mañana siguiente pedí el cambio de área. Me asignaron como auxiliar de mesa de entradas. Derivaba llamados, sellaba expedientes y recibía resoluciones. Los que fueron mis compañeros dejaron de saludarme, se ofendieron con mi decisión, lo tomaron como una traición al proyecto político de Quaranta.

Seguí visitando el barrio. Los vecinos empezaron a organizarse para presentar recursos de amparo y exigir que respetaran sus derechos. En dos oportunidades quisieron cortar el acceso al aeropuerto y varios terminaron presos.

Al poco tiempo, dejé de ir a Kilómetro Siete. Se enteraron que trabajaba en el Ministerio y me prohibieron la entrada. Traté de explicarles, pero no me creyeron. Me gritaron buchona. “Cheta buchona”.

El lunes antes de Navidad, llegué a la oficina y la puerta principal estaba invadida de periodistas y vecinos del barrio. El guardia me hizo señas que ingresara por la parte trasera. Cuando entré, me crucé con la gente de Prensa del Ministerio. Les pregunté qué pasaba y me respondieron que vivía en un tupper.

“Desalojaron anoche una villa de mierda y están haciendo quilombo por eso. Parece que los vecinos no se querían ir e intervino la gendarmería y bueno, hay varios heridos y presos”.

Subí rápido hasta el tercer piso y busqué en internet el portal del diario. No había más que un recuadro en la hoja cuatro: “Operativo exitoso en el traslado de la villa Kilómetro Siete”.

Después de tres años me crucé con María Eugenia en la calle, una de las jóvenes que participaba en el taller. Me gritó: “Profe, profe...” Me di vuelta, y ahí estaba, vendiendo productos de perfumería en la peatonal. Sentí vergüenza, no supe qué decir, así que sólo levanté la mano y continué el paso.

Esa noche soñé otra vez que me caía en el canal de Kilómetro Siete. En el fondo había un pulpo amarillento que me agarraba de los tobillos y me impedía salir a la superficie. ■

REIUS

Mariano Cognini

La revista no se destacaba en absoluto entre el resto, era una más de las tantas que se exhibían en el escaparate del quiosco, pero ante mis ojos brillaba como una joya sobre un paño de terciopelo bordó. Estiré el brazo y la tomé. El tipo que atendía estaba acodado en el mostrador mirando pasar en el tránsito las anaranjadas horas del atardecer.

–Cóbrese –lo espabilé tendiéndole un billete de diez pesos.

–Yo también quiero una de esas –dijo a mi izquierda una voz femenina.

Volví la vista, era una muchacha tan hermosa como la poesía primaveral que nunca pude escribir, tenía pecas rojizas y un vaporoso cabello rubio que se desmadejaba en oro contra los colores del ocaso. Pero había cierta preocupación en sus ojos, las pupilas le vibraban con ansiedad tras un manto húmedo y vidrioso.

–No me quedan más –le respondió el quiosquero dejando entrever cierto fastidio por el gran esfuerzo de mover los labios al que había sido sometido.

El rostro de la chica se desencajó. Por instinto tomé con más fuerza mi ejemplar de “Crucigramas” como si algo dentro mío temiera que ella me lo arrebatara de un manotón y huyese corriendo hasta entreverarse en la anónima muchedumbre citadina que atesta la calle peatonal. Pero eso no sucedió, la muchacha se quedó muda por un segundo aguardando en vano que el vendedor le diese una solución ante tamaña emergencia, luego oteó con desconcierto el horizonte buscando algún otro quiosco, mas la ciudad se le mostró tan hostil e indiferente como siempre. Desconsolada, se marchó cabizbaja y con lento andar.

Es de las mías, pensé, y sin más dudarlo salí tras sus pasos. Me puse a su par, ella me espió por el rabillo del ojo y volteó la cabeza hacia el lado opuesto, es decir, se comportó con el mismo decoro de las jóvenes recatadas cuando descubren que un pesado tipo las intenta abordar. Pero yo no quería que ella me confundiera con uno de estos cargosos y latosos galanteadores de mujeres, así que fui directo al grano. –No me tome por atrevido, vi en el quiosco su gesto de ansiedad, yo no tengo mala intención, sólo deseo convidarla a beber una oscura infusión de cuatro letras y dialogar un poco con usted.

Ella demoró unos segundos en reaccionar, luego comprendió el mensaje en clave, detuvo su marcha y me miró extrañada.

–¿Se refiere usted que nos dirijamos a un local de tres letras que expende bebidas de todo tipo, principalmente alcohólicas?

–Afirmación de dos letras –respondí– mas no me malinterprete, es sólo para efectuar la acción del habla en pequeña cantidad y así conocernos mutuamente.

–Acepto –dijo más curiosa que confiada– pero sólo unos breves lapsos de tiempo de cuatro letras.

Un par de cuabras más adelante llegamos al bar y pedimos el prometido café.

–Me llamo Alejandro –comenté rompiendo el hielo– pero puede decirme simplemente cerveza ligera inglesa.

–Encantada Ale, yo soy la flor del arbusto espinoso rosáceo de uso ornamental.

–Mire Rosa, creo que también yo me hubiese sentido gravemente desconsolado de no haber conseguido esta revista.

–Es decir que siente mi misma pasión por las palabras cruzadas.

–Así es –le confesé– y seguramente soy tan mal mirado por el resto de la gente como lo es usted, nuestra costumbre genera recelo y desconfianza en los demás, pero es sólo porque no nos pueden percibir, comprender, vislumbrar de ocho letras.

–Entender –acertó ella.

–Eso mismo. Ellos que no saben lo que es experimentar ese nerviosismo en los dedos, ese cosquilleo en el cuerpo, esa necesidad intrínseca que pide a gritos completar unos cuantos crucigramas todos los unidad de tiempo de veinticuatro horas, plural.

–Por fin alguien que sabe lo que yo siento, me agrada de sobremanera percibir sonidos esas palabras de sus labios.

–Puede usted –la interrumpí– aplicar conmigo el voceo, argentinismo característico del trato de confianza entre dos personas.

–Gracias, vos también tutéame.

–Para colmo, desde que comenzó esta huelga de transporte, conseguir revistas de crucigramas está muy lo contrario de fácil.

–Ni que lo digas, buscando una de ellas he recorrido varios unidad de medida de longitud equivalente a mil metros, plural.

–Pero al menos me has encontrado a mí –sentenció con tono seductor.

Dicho esto, tomé la revista, le quité los broches de encuadernación y la dividí en dos mitades iguales, Rosa buscó dos lápices en su cartera y sin más demora nos abocamos a resolver crucigramas como dos insulnodependientes atrasados en su dosis, lo hicimos con avidez y en silencio, las palabras sobraban, al menos las habladas.

Un par de horas después y ya saciada nuestra ansia alfabética, nos sentimos gozosos y respiramos aliviados, nos dispusimos entonces a aplacar las necesidades menos intelectuales y más fisiológicas como por ejemplo el hambre. A la luz de las velas cenamos en un restaurante del Parque Sarmiento, luego brindamos con vino espumante típico de la región francesa de Champagne y entrelazamos nuestros dedos bajo una luna llena que extendía su cinta de plata sobre la rivera del Lago Crisol.

El desenlace posterior fue el natural, en primer término nos besamos con fruición y ardor, luego nos abrazamos con efusión e ímpetu, finalmente nos acariciamos con ardor y dícese del objeto que ha adquirido temperatura sobreelevada en relación a la habitual.

Cuando ya nos encontrábamos al límite de en lunfardo argentino, dícese de la persona que ha alcanzado el punto de mayor intensidad de una serie creciente de sensaciones placenteras asociadas a la excitación sexual, le propuse que fuésemos a un sitio adecuado para hacer el sentimiento de cariño de cuatro letras. –No vayas a pensar que yo soy una de pronombre demostrativo femenino plural –me respondió muy modosita ella– sin embargo, por esta vez, acepto la invitación igual que si fuese una de ellas.

Aquella noche hicimos el sentimiento de cariño de cuatro letras en repetidas oportunidades, lo hicimos verticales y horizontales, con esquema y sin él, de modo temático y clásico, numérico y en grilla. Apasionados jadeamos, gemimos y lanzábamos al aire todo tipo de exclamaciones entre signos de admiración, desde las interjecciones que denotan asombro, sorpresa, dolor, placer y alegría, hasta aquellas voces que, repetidas, se utilizan para alentar el arreo de la tropa y azuzar a las bestias de carga.



Crist.

Así se inició la relación afectiva más intensa que existiera jamás, habíamos nacido el uno para el otro, unos pocos doceavas partes del año más tarde le pedí unir nuestras biografías para siempre; pasaríamos de un noviazgo indefinido a un matrimonio autodefinido. Rosa aceptó sin dudarle siquiera, ambos reconocíamos que habernos encontrado era lo mejor que nos había sucedido alguna vez, después de todo: el amor es el cloruro de sodio de la vida.

La sorprendí un día con dos anillos de metal precioso de tres letras, los había hecho forjar para nosotros en el yunque del platero llamado Tas. Planeamos un casamiento modesto pero emotivo y una romántica luna de miel, visitaríamos la antigua ciudad de Caldea llamada Is, el río italiano de dos letras, el alemán de tres y el africano de cuatro; sobre sus aguas contemplaríamos nadar a las aves palmípedas, a los batracios anuros de piel rugosa y de seguro veríamos a las embarcaciones atarse entre sí. Con nuestros propios ojos apreciaríamos a los campesinos roturar la tierra con el arado y limpiar el grano con el arel. Luego, quién sabe, tal vez tendríamos hijos tan mellizos como dos crucigramas mellizos, les enseñaríamos a hablar en idioma Oc, la antigua lengua provenzal y los acunaríamos cantándoles ro, la repetida voz empleada para arrullar niños nadie sabe por quién. Entonces sí, ya para realizarnos a pleno en la vida, sólo nos restaría escribir un libro, que bien podría ser de palabras cruzadas, y plantar un árbol, que bien podría ser un pequeño arbusto anonáceo de copa redondeada que crece en las zonas templadas y húmedas de Centroamérica.

Teníamos todo listo para la boda, las invitaciones eran unas tarjetas muy ingeniosas, nuestros nombres se entrecruzaban formando un original y delicado acróstico; el resto de la grilla debía completarla cada invitado para descubrir así dónde y cuándo se celebraría la ceremonia nupcial. Si se rellenaba correctamente, en las columnas señaladas podía leerse una frase de Lord Byron: “Tengo la esperanza de que nos amaremos toda la vida como si no nos hubiésemos casado nunca”.

Pero entonces llegaron ellos, los tipos de blanco. Con amabilidad y displicencia nos invitaron a subir a una ambulancia y nos trasladaron a un nosocomio para orates. Allí nos recibió el director en su amplio y silencioso despacho, mientras buscaba las palabras precisas para comunicarnos lo que tenía que decirnos, apoyó los codos sobre el escritorio y juntó las yemas de los dedos formando algo similar a una araña que trepa por un espejo. Con Rosa nos miramos entre asombrados y asustados. Por fin el hombre se decidió a hablarnos, nos explicó que los dos poseemos cierta insana manía con esto de los crucigramas, que cada vez que completamos una grilla, estamos pagando quién sabe qué culpa o castigo paterno por no haber cumplido con la tarea de la escuela primaria. Dijo también que, en el fondo de nuestras almas, nosotros esperamos que un día regresen mamita o la maestra, y revisen esos miles de revistas que guardamos con todos sus problemas resueltos y sus deberes tan bien hechitos, tan prolijitos con lápiz de buena punta y caligrafía perfecta. Entonces sí, ellas nos abrazarán plenas de felicidad, nos halagarán por ser tan aplicados, tan buenos niños y nos calificarán con un enorme

“Excelente, Felicitado y Perdonado Por Siempre”. Ignoramos cómo se enteró de todo eso el doctor, ninguno de nosotros se lo contó.

Ya llevamos internados aquí más de un periodo de tiempo que demora la tierra en completar una órbita alrededor del sol. Estamos todo el día juntos, paseamos por los jardines tomados de la mano, pero no nos permiten salir del predio. Recibimos una revista por semana, para el resto de los días sólo hay pastillas.

Pero nada de esto nos preocupa porque Ra, el antiguo dios de los egipcios, está aquí con nosotros, anda disfrazado de Napoleón para no despertar sospechas. Él es nuestro confidente. Dice que la población del planeta se divide en dos grupos, uno minúsculo y privilegiado de “personas que completan palabras cruzadas”, otro masivo y vulgar de “personas que existen solamente para generar palabras y nombres propios que luego puedan ser empleados para resolver crucigramas”. Dice también que él creó la tierra con un único fin, resolver un gigante crucigrama desplegable que tiene extendido en el cielo y que viene solucionando desde hace miles de años. Sólo le falta una palabra para completarlo, una palabra que aún no existe y que lleva la difícilísima secuencia de letras “eiu”. Luego, Ra destruirá al mundo y al universo todo; el tiempo, el espacio, la masa y la velocidad de la luz dejarán de cruzarse en la teoría de la relatividad. Entonces será el fin de todo, el fin más absoluto y total que haya existido jamás. Y se trata de un fin cercano, muy cercano.

Rosa está embarazada, es un varoncito. Le llamaremos Reius. ■

OFIDIOS

César Barraco

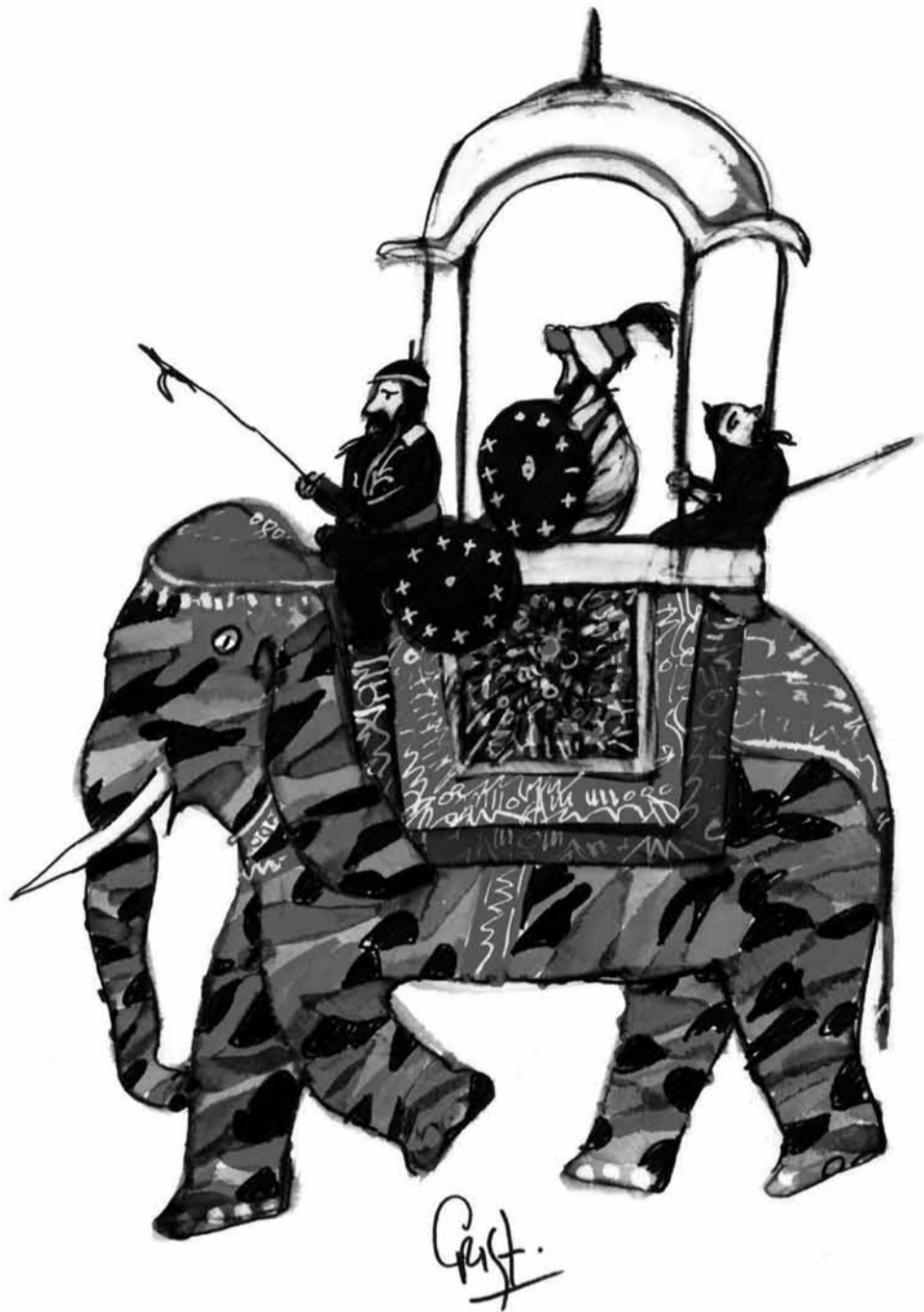
En Characato alguna vez hubo una comisaría y un dispensario. Recuerdo a la enfermera que venía de Cruz del Eje. Llegaba los lunes al mediodía y se iba los viernes por la mañana. Hasta que un día no volvió más. Dijo que la había picado una yará cuando salió descalza a tender la ropa. En el pueblo todos se preocuparon por la suerte que habría corrido el pobre ofidio. Lo cierto es que en Characato nadie la quería, y ella no quería nada de Characato. Ni a su gente, ni a sus bestias, ni a su paisaje. Todo lo agreste le resultaba odioso. Era una de esas personas asfaltadas de crianza. Su nombre era Clelia, pertenecía a la rama pobre de una familia rica, o sea, tenía que trabajar para vivir.

Vino al dispensario solo para anticipar su jubilación. Tenía un plan marcado, estudiado minuciosamente. La víbora la picó diez minutos antes que arribe el coche que la llevaría de regreso a Cruz del Eje. Nadie, salvo el chofer del auto, vio la mordedura. Pero quien conducía el vehículo era su amante. Un amante fornicado para la ocasión. Un cómplice obligado. El hombre era casado, y por nada del mundo hubiera desgraciado a su familia, poniendo en tela de juicio la veracidad de los dichos de Clelia. El chofer, además, declaró que ayudó a la enfermera con la aplicación de un torniquete a la altura del tobillo y que antes le había succionado la herida para extraerle el veneno, como erróneamente se recomienda en estos casos. Todos en Characato sabíamos que era una mentira grande como el cerro Los Tres Picos. Pero lo sabíamos, no sólo por odiosos, sino por tener sobrados fundamentos. Por empezar, una persona que detesta el campo y la naturaleza jamás saldría descalza a tender la ropa. Usaba botas de media caña hasta cuando iba por el medio del camino, en verano y con viento norte. Siempre llevaba una capelina de gasa blanca que le cubría el rostro para evitar el vuelo rasante de los tábanos cerca de su cara. Cómo esa mujer iba a andar descalza tan solo un paso. Ni siquiera dentro del dispensario, que también era su casa. Además, está el detalle de la ropa. Para qué tender ropa diez minutos antes de partir hacia la ciudad por tres días. Ninguna mujer en sus cabaes dejaría sus blusas y calzones durante tres días al azar del clima. Mucho menos Clelia que siempre lucía impecable y mucho menos en Characato, donde las tormentas

de verano sobrevuelan el cielo como un jote buscando su carroña.

“Enfermera rural mordida por una serpiente queda con secuelas neurológicas”, decía un pequeño artículo en el periódico de la ciudad. Las secuelas neurológicas eran el artillugio necesario para anticipar una jubilación por invalidez, y además, eran muy fáciles de aparentar. Clelia eligió Characato por ser una zona desfavorable, lo que le aseguraba un plus que incrementaba su ingreso y, por ende, su futura jubilación. El Estado, siempre ausente en estas tierras, consideraba que quienes venían a trabajar merecían ganar más que los que lo hacían en la ciudad. Jamás regresó a retirar sus pertenencias del dispensario. Y nunca más hubo una enfermera en Characato.

Durante las tardes de septiembre, cuando la primavera es un fierro caliente, las serpientes salen de su hibernación en busca del sol que es su primer alimento. Suelen recostarse sobre las piedras calientes que encajonan el arroyo. Se estiran y se vuelven a enrollar. En realidad se están desperezando. El invierno fue largo y quieto. Por esas piedras caminaba el finadito Ricardo. Iba a revisar sus tramperos para vizcachas. El menú dependía del azar mortal. De la eficacia de la muerte atada a unos alambres, nudos libres de culpa. Era la cena. Con la huella de la rutina marcada en cada salto Ricardo recorría el camino, como quien va al almacén. Brincaba sobre las piedras, y apenas apoyaba un pie ya sabía dónde daría el próximo salto. También lo sabía la yará que lo esperaba bajo la sombra de su largo y ancho pie.



Crist. Camouflage.

El yute de la suela de la alpargata del finadito Ricardo se incrustó en los colmillos brillantes, largos, delgados, mortales. El veneno ingresó por la planta del pie y de allí, por las venas, hacia todo su cuerpo. Como pudo llegó hasta su casa, le dijo a su madre que lo había mordido una de las bravas. Velisalia desesperada fue al dispensario a buscar el remedio. El suero antiofídico se guardaba en una heladera que funciona a kerosene. A Clelia le producía dolor de cabeza el olor que salía de la heladera por la combustión, y además, era incapaz de ensuciarse las manos para encender la mecha. Por eso la heladera estaba apagada, cosa que nunca le dijo a la madre que buscaba la salvación para su hijo. Le entregó el suero que venía en una jeringa lista para ser inyectado.

Velisalia llevaba en sus manos lo que creía era la salvación para un hijo. Pero la salvación era inocua. Sin la baja temperatura de la heladera el suero había perdido su eficacia. La aguja de la jeringa traspasó la carne y a medida que el líquido de color amarillo ingresó al cuerpo del finadito Ricardo, su madre respiraba aliviada, agradecida. A los pocos minutos Ricardito moría por obra y gracia de la mordedura de una yará y por la más absoluta irreverencia contra la condición humana que practicaba Clelia. En Characato no hay cementerio. A los muertos, se los queda uno. ■

HISTORIA TRAYECTORIA COMPROMISO HORIZONTES

LABORATORIO DE HEMODERIVADOS una industria farmacéutica nacional dedicada al desarrollo, producción y distribución de medicamentos y productos médicos.

Con el respaldo de 400 AÑOS de la UNIVERSIDAD NACIONAL DE CORDOBA



cba24ⁿ

www.cba24n.com.ar

GURDULICH / ACPV

*En el marco de la celebración por los 3 años de la sanción de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, **cba24n** recibió en el Congreso de la Nación un reconocimiento al primer canal digital de noticias 24 horas del interior del país.*

Muchas gracias por este premio que nos incentiva a seguir trabajando e informando para todos los cordobeses las 24 horas.

TU PROPIA VOZ



580 **UNIVERSIDAD**

Tu propia voz